



Alma  
FERNANDEZ  
MANU PONCE

No  
me comas el

COCO

No  
me comas el  
COCO

No me comas el coco

©Todos los derechos reservados.

©Alma Fernández

©Manu Ponce

1ªEdición: Agosto, 2020

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

CAPÍTULO 2: JORDI

Capítulo 3

CAPÍTULO 4: JORDI

Capítulo 5

CAPÍTULO 6: JORDI

Capítulo 7

Capítulo 8 : JORDI

Capítulo 9

Capítulo 10: JORDI

Capítulo 11

Capítulo 12: JORDI

CAPÍTULO 13: JORDI

Capítulo 14

Capítulo 15: JORDI

Capítulo 16

CAPÍTULO 17: JORDI

Capítulo 18

Capítulo 19: Cinco años después.

Capítulo 20

Epílogo: 5 años después de la boda.

## Capítulo 1



Un buen día te levantas y te encuentras que en el trabajo que tienes desde hace seis años ya no te necesitan, entonces te entran los peores temores, te cuesta hasta respirar y dejan de sonar todas esas melodías que cada día te acompañaban.

Miré a mi jefe que rara vez estaba ahí, ese día se había encargado de aparecer para ponerme el despido sobre la mesa, el finiquito y una excusa de lo más absurda, todo por no reconocer que mi puesto de encargada se lo iba a dar a su amante, esa chica que llevaba en la tienda un año, que era su ojito derecho y encima no me tragaba, blanco y en botella, para mi casa de vuelta...

—Seguro que pronto encontrarás un lugar para trabajar...

—Señor Lucas. ¿Ve el pasillo de allí, al fondo?

—Claro...

—Pues por ahí se puede ir a la mierda usted y ella —señalé a la chica con la que engañaba a su mujer. Agarré mis papeles, el cheque y salí de allí maldiciéndolos.

—Eres una desagradecida —murmuró mientras me alejaba. Ni me giré, simplemente le saqué el dedo por encima de mi hombro y salí de allí, era lo único que deseaba, coger aire.

Un apartamento de alquiler, un coche viejo y unos pequeños ahorros de mucho tiempo que iba guardando como una hormiguita, más el finiquito ¿Qué se supone que debía hacer ahora?

No tenía a nadie aquí, mi familia me abandonó cuando nací y fui criada por unas monjas hasta mi mayoría de edad que ellas fueron las que me buscaron este trabajo para comenzar a volar por mi misma.

Luego estaba mi mejor amiga Esther, nos criamos juntas ya que ella también fue abandonada...

Trabajó cinco años en un restaurante, cogió todos sus ahorros y se fue a Australia de empleada en un chiringuito en una de esas playas paradisíacas. El dueño era el hermano de un amigo suyo, un catalán que terminó en aquel país con el bar y una escuela de surf.

Esther tenía una de las cabañas de madera de la playa, rosa, era su rincón favorito para tirarse mil fotos y subirlas a las redes.

La llamé y le comenté lo que me había pasado, lo primero que me dijo: ¡Vente ya, es la tuya!

Me daba terror irme, pero también quedarme, la cosa estaba mal para encontrar trabajo y el alquiler lo debía de seguir pagando sola, así que le dije que me lo pensaría y que le diría algo en breve. Lo bueno es que allí me aseguraba que tendría trabajo.

Esa noche me costó conciliar el sueño, pero me dormí convencida de que lo mejor era vender el coche, entregar la casa e irme.

Por la mañana me levanté con otra actitud, incluso con una sonrisa de oreja a oreja, así que cogí el toro por los cuernos, hablé con el propietario que me dijo que no había problema y que me devolvería los dos meses en fondo que dejé, me fui a una compraventa de coches y negocié un precio justo.

Me puse a buscar vuelos y encontré uno que salía en unos días con escala en Bangkok, donde estaría veinticuatro horas y otro vuelo me llevaría a mi destino.

Me deshice de muchas cosas personales que doné a una familia, solo me iba a llevar mis objetos más preciados, mi ropa y los complementos.

Nada, no le dije nada a Esther, tenía los billetes, las maletas preparadas y unas ganas inmensas de comenzar ese viaje. La verdad es que me iba a lucir, de no haberme subido en un avión en mi vida, ahora me iba a comer trece horas hasta Tailandia y diez hasta Sídney...

Estuve los nervios hasta que llegó el día, por fin estaba sentada en ese avión que me llevaría directa al continente asiático. A mi lado iba un hombre con el que entablé rápidamente conversación y me contó que iba de viaje de negocios.

Se llamaba Ricardo, me recordaba a los hermanos Matamoros, frecuentes de los programas de televisión, así todo rapado, con un buen físico y con talante de tipo duro, pero resultaba que era un encanto, además necesitaba mantener la mente distraída mientras...

—Me cago toda —murmure en alto cuando el avión comenzó a ascender y mi barriga notó un revuelo de esos que te dejan sin saber que decir o hacer.

—Tranquila, es uno de lo medios más seguros del mundo —sonrió y le dio dos toques a mi mano con afectividad, esa que tenía agarrada al reposabrazos como si lo fuera a partir.

—Yo quiero que esto pare, me quiero bajar —volví a murmurar en alto notando como hasta la tensión se me venía abajo.

—Bueno, creo que eso ahora mismo va a ser un tanto imposible —reía flojito intentando calmarme—. Ya mismo esto se estabiliza y verás que no notas nada.

—¿Cuánto queda para llegar? —pregunté intentando olvidar esas trece horas que se me harían eternas.

—Un poquito, ya quedan diez minutos menos —reía.

—No tendrás una tableta entera de pastillas de esas para dormir, ¿no?

Se le escapó una carcajada y negó con la cabeza, ya sabía yo que ni aunque las tuviera me las iba a dar, en todo caso una dosis, pero no me iba a mandar directamente al suicidio.

—¿Te cuento un truco?

—Trato, trato —bromeé un tanto nerviosa.

—Tómame dos copas de vino y seguramente te mandará a dormir plácidamente.

—¿Y una botella? Puede que me haga dormir las trece horas —lo miré apretando los dientes.

—No mujer, puede ser peor el remedio que la enfermedad.

—No sé, pero yo quiero bajarme de aquí ¡Si lo sé no vengo! —exclamé ansiosa perdida.

—Ya se estabilizó, no seas exagerada —sonreía.

—Yo me quedo en Bangkok, paso de coger al día siguiente un avión para Sídney, ni de broma. Ni una vez más ¡Santo Tomás!

—¿Y qué vas a hacer en Bangkok el día que tienes libre?

—Pues no lo sé, la verdad, pasarlo en la habitación del hotel o irme a conocer un poco de la ciudad.

—Si quieres te puedo hacer un recorrido rápido por lo más importante y que te lleves la esencia del país.

—¡Adjudicado! Te contrato de guía, pero te recuerdo que soy pobre, por si no lo sabías, me han despedido del trabajo y nada de ir a sitios caros —advertí riendo.

—Tranquila, no tendrás que pagar por nada.

—No soy prostituta, por si acaso... —Le señalé bromeando.

—Ni se me ocurriría, podrías ser mi hija...

—Mejor no, si me entero de que eres mi padre, sales por la ventanilla del avión, por abandonarme, por dejarme huérfana...

—Entonces prefiero no ser tu padre —apretó los dientes.

—Ya te digo... —reí un poco más calmada al comprobar que ya el avión estaba firme, sin seguir subiendo, ya era otra cosa, pero seguía con el mojón apretado en el culo.

El vuelo pasó de aquella manera, entre intentos de dormir, largas charlas con ese señor que tenía una vida de lo más interesante, pero resoplo de ver que a veces parecía que las horas no pasaban.

Y por fin, a las seis de la mañana, hora local de Bangkok... ¡Aterrizamos!

Ricardo salió conmigo y me ayudó en todo, hasta cogimos un taxi que me llevó a mi hotel para descansar y luego quedó en pasar a recogerme antes de la hora del almuerzo, lo íbamos a hacer juntos, al igual que de esa manera pasaríamos el día.

Me chocó mucho la primera visual de aquel país donde había personas por todos lados. Me quedé un buen rato en la ventana de la habitación mientras tomaba un café que pedí que me trajeran.

Me encantaba la idea de irme con Ricardo a explorar la ciudad, me había caído genial y, sobre todo, era una persona que transmitía paz.

Era como esa figura paternal que tanto había faltado en mi vida, una persona que se notaba que le gustaba proteger, que da lo mejor de él con esa sonrisa constante que no se le borró en ningún momento de la cara.

Me eché a dormir y fue el despertador quién me levantó a la una de la tarde, así que me duché, me vestí y bajé al encuentro de Ricardo.

—Estas muy guapa, Carmina —dijo cogiendo mis manos y mirándome, pero sin maldad, desde el cariño, se le veía de lo más respetuoso.

—Gracias, Ricardo. Tú también estás muy guapo.

—Bueno, bueno, gracias por el cumplido —abrió la puerta de un taxi que nos esperaba para que entrara.

Él se sentó delante y fuimos directos a las afueras de la ciudad, un poco lejos, pero decía que íbamos al corazón de lo que más añoran conocer los millones de turistas que vienen a este país.

Y fue todo un acierto, al corazón del mercado flotante más impresionante de Tailandia “Damnoen Saduak”.

Nos montamos en una barca a solas, nosotros y el chico que la iba a llevar. Comenzó a navegar por ese lugar lleno de puestos flotantes y barcas que se nos acercaban ofreciendo frutas, refrescos y cervezas.

Ricardo me iba contando la historia de aquel lugar mientras no paraba de agasajarme con lo que iba pillando. Para empezar, una cerveza bien fría, luego frutas y frutos secos típicos de allí.

Me hice mil fotos para enseñárselas a Esther, iba emocionada contemplando toda la belleza de aquel lugar y lo bien que Ricardo me lo relataba todo, se notaba que tenía mucha cultura y, sobre todo, de aquel país que comenzaba a llamar mi atención de manera estrepitosa.

De ahí nos fuimos a comer a un restaurante a pie de carretera, luego volvimos a Bangkok, directos a ver sus palacios, el Gran Buda, impresionante aquello, me tuve que tapar hasta debajo de los codos con una especie de tul de gasa que me compré antes de entrar, era una de las condiciones para visitar un lugar tan sagrado como ese.

Cuando comenzó a atardecer me llevó a la joya de todos los mochileros y visitantes del mundo:

Khaosan Road.

El ambiente era de lo más pintoresco, lleno de comidas callejeras, insectos fritos que vendían como si fueran caramelos y demás, hasta me atreví a probarlos incitada por Ricardo, que los comió conmigo. Aunque me contó que lo había hecho en numerosas ocasiones y oye, no tenía mal sabor, me daba la sensación de estar comiendo frutos secos o pipas, estaban muy bien fritos.

Me estuvo contando su vida. Se había quedado viudo hacía un par de años y nunca tuvo hijos, su mujer lo fue todo para él, habían estado veinte años juntos y su pérdida lo había hecho sentir que ya no quería más amores en la vida, solo esperaba un día a reunirse con ella y tener una vida eterna.

Hasta me hizo llorar contando su historia llena de amor, gratitud y mucho respeto por ambas partes, un matrimonio que había sido plenamente feliz.

Nos despedimos esa noche intercambiando teléfonos y demás, además prometió que, si me quedaba a vivir en Australia, iría un día a visitarme, cosa que le dije que ojalá así fuera. Ricardo se había convertido en un amigo en muy poco tiempo, pero se lo había ganado a pulso.

Ese día me había pagado todo, no permitió que sacara ni un céntimo y no escatimó en gastos, se le notaba que era generoso además de una increíble persona.

Subí a mi habitación y me puse a mirar cada una de las fotografías que había hecho ese día, tanto sola, como con él, además de todo lo que me fui encontrando. Sabía que algún día tenía que venir a recorrer Tailandia, ese lugar había dejado muy buen sabor de boca en mí, además de la sonrisa que todos los tailandeses llevan por bandera en su rostro, era increíble la paz que emitían.

Me dormí feliz con un montón de buenas sensaciones que me hacían presagiar que algo bonito comenzaba a forjarse en mi vida...

## CAPÍTULO 2: JORDI



Ya hace un tiempo que decidí liarme la manta a la cabeza y abandonar la cuna, o el regazo de mi madre, como suele decirse y probar suerte en Australia, ya que llevaba la vida enamorado y obsesionado con ella.

Al llegar, con una sola bolsa de ropa, y tres cientos euros en la cartera, me planté en la zona más rica de Australia. Todo el mundo cree que es Sídney, y puede que lo sea, pero para mí siempre ha sido Brisbane.

Era un paraíso en la Tierra, pero uno de esos paraísos en los que solo puedes vivir a base de talonarios. Me fui directo a la oficina de atención al turista, más que nada para conseguir algo de información y un mapa.

Tenía la suerte de tener un buen nivel de inglés, porque si no me temo que las cosas habrían sido muy distintas. Sin blanca e incomunicado hubiese sido un fracaso estrepitoso.

Entré en la oficina y una señora regordeta con una cara de ángel me dio todo lo que necesitaba para sobrevivir en Australia y me dio algunas indicaciones y consejos para no tener que marcharme en un par de días por bancarrota.

Había unos arrecifes que tenía que ir a ver, según Kate, la señora de atención al ciudadano y sobre todo una de las estrellas de la isla, aunque poca gente sabía de su existencia y para allá que me fui.

Alquilé una lancha y cuando llegué, se me desencajó la mandíbula. Aquello era el paraíso en la Tierra. El agua cristalina lo envolvía todo. Podían verse los peces, e incluso el fondo del mar desde la lancha.

Podían verse los delfines paseando por doquier y los cangrejos saliendo de la arena y las tortugas planeando sobre las olas del mar. Es un lugar perfecto para vivir. Llego a la isla, que curiosamente se llama la Isla Cocos y me hago una idea de qué es lo que quiero hacer.

Cojo la lancha y vuelvo al centro. Tengo que pedir permisos y comprar materiales para hacer lo que he visto una vez he puesto los pies en la isla. Y eso hago. Los permisos los consigo rápido, sobre todo porque doscientos euros ayudan bastante.

Con los permisos en la mano, pongo rumbo a una empresa de materiales de construcción. Con los doscientos euros que me quedan compro tablas, clavos y materiales de interior. Quiero dejarlo todo impoluto y eso me va a llevar trabajo.

Voy a hacerlo todo yo, con estas dos manitas que mi madre me ha dado, más que nada para ahorrarme la mano de obra, sobre todo porque no me queda un céntimo y sino voy a tener que pedir un préstamo.

Suerte que estoy en la Isla Cocos y puedo vivir a base de cocos y pescados. No es que me encante el pescado, pero el coco me vuelve loco, así que no está nada mal, podría ser peor.

Un barco no tarda mucho en llegar y me deja en la orilla las tablas y todos los materiales que

he pedido. La verdad es que llevo ya tres días organizando todo. He dormido en la playa, pero por la noche hace una brisa maravillosa que te hace dormir como un bebé.

Me pongo manos a la obra. Hace un día caluroso, de esos que se fríen huevos en el suelo. Tengo más ampollas que botellas hay bajo el mar, pero eso no frenará mi sueño de hacer lo que he visto en mi cabeza.

Empiezo con los tablones. Me encargo de colocar cada uno de ellos y unirlos con los clavos, sobre todo porque si no lo hago a la vez, se desmoronará todo. Lo sé bien, porque he empezado a montarla y al no seguir los pasos, algunos tablones se me han caído en la cabeza.

Creedme cuando os digo que no es bueno colocar sin clavar, a menos que quieras ver pajaritos revoloteando en

la cabeza. Me abro un coco para tomarme un tentempié y he probado a tomar el agua del mar, pero me da cagarrinas.

Ya tengo montada la primera caseta. La idea es que sea un chiringuito de copas por un lado y una tienda de surf. Soy un surfista nato y aquí hay buenas olas. Es un éxito asegurado. ¿Qué va a una isla si no es a surfear entre otras cosas?

En la isla ya hay otros locales, hoteles, casas y de más, pero no me preocupa. No son competencia. A nadie se le ha ocurrido hasta ahora poner un chiringuito en la playa y mucho menos una pequeña escuela de surf.

Lo bueno de esta isla es que también está unida por un camino al que puedes acceder en coche.

Tengo la sensación de que, o tienen poca visión empresarial, o son ricos con poco cerebro. Me siento en la orilla y dejo que la brisa acaricie mi rostro sudoroso. Me he recogido mi larga melena rubia con una cola, sobre todo porque me molesta para construir y me da calor.

Apenas llevo un bañador, y no porque me vaya a meter en el agua, sino porque no puedo desnudarme más por el calor, sino lo haría. Miro desde donde me encuentro, el trabajo que ya llevo y me maravillo. Realmente está mereciendo la pena todo el esfuerzo.

Veó que se me acerca una chica y sonrío. Puede ser una clienta potencial que traiga amigos, así que voy a tratar de dorarle la píldora. Me levanto y marco todavía más mi musculado cuerpo para provocar algún que otro suspiro.

No me interesan las mujeres, solo me interesa labrarme un futuro y hacerme rico, quiero ayudar a mi familia y ayudarme a mí mismo, pero nunca viene mal echar una canita al aire y si además consigo futuros clientes, mejor.

—Hola guapo.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? Te he visto aquí tan solo con esos ojos azules y no he podido evitar acercarme. ¿Qué haces aquí?

—Pues he decidido venirme desde Barcelona a montar un chiringuito y una escuela de surf. ¿Te interesaría aprender a surfear?

—Me encanta Barcelona, es hermosa. Y sí, me gustaría mucho. Hablaré con mis amigos de esto. ¿Cuándo vas a abrir?

—Mi idea es hacerlo en una semana. Cuando esté todo listo.

—Perfecto, volveremos en una semana y así probamos lo que nos ofreces —y me guiña el ojo. Esta quiere tema, pero vamos.

—¿Cómo te llamas?

—Daisy.

—Encantado Daisy, soy Jordi.

—Encantada, George.

No digo nada, no esperaba una pronunciación catalana de una guiri, así que como si me quiere llamar Manolo. Mientras me traiga clientes, puede llamarme como le dé la real gana.

—Bueno George, tengo que marcharme ya, me esperan, pero espero que podamos vernos muy pronto y me des unas clases privadas —y parecía mojigata la muchacha, pero no veas cómo las tira.

—Hasta pronto, Daisy. Te espero para que seas mi clienta VIP.

Lo que sea por regalarle los oídos a ese billete con patas que se despide con la mano mientras se marcha por donde vino. Y yo sigo construyendo, ahora la caseta de surf, que no será tan sofisticada, pero sí funcional.

Ya ha pasado casi un mes desde que inicié esta aventura. He tenido que pedir préstamos para comprar más material, tablas de surf, el interior y exterior del chiringuito, bebidas, más permisos, sobre todo para ofrecer alcohol a mayores de edad, mesas y sillas para exteriores, sombrillas de paja y de más chuminadas que parece que se llevan por aquí.

Está todo montado y ya puedo respirar tranquilo. He conseguido, paseando por la playa con tarjetas y flyers promocionales, que algunos clientes se fidelicen en mi club del surf, prometiendo descuentos si traen a un amigo.

Y costó arrancar, claro que costó arrancar, pero lo conseguí. Primero empecé con las clases. Tenían un precio asequible y la gente venía en grupo, ganaba en un mes más que en un año en Barcelona.

Y aunque la vida aquí era mucho más cara, también era más generosa. Las propinas eran sustanciosas, la clientela amable, el lugar un paraíso, todo era perfecto.

Llamaba a mis padres una vez por semana, porque llamar al extranjero desde aquí valía un ojo de pato y eso de las videollamadas para ellos era como intentar aprender japonés en un día; imposible.

Al final, tuve que contratar a gente, porque solo no podía llevar las clases, el chiringuito, las reservas, las ventas de equipamiento marítimo y de más. Apenas podía dar clases con tanta gente, si hasta tenía lista de espera...

Llevo cinco años en la isla y soy la persona más feliz en la faz de la Tierra. Tengo a dos empleados que valen oro puro y ninguno de los dos es australiano. Ella es una preciosidad que llegó aquí hace un año y supe al momento, como si tuviera una bolita de cristal, que ella tenía que encargarse del chiringuito.

Es preciosa, se llama Esther y es española, más concretamente del sur. Con esa cara de ángel, atrae a todo hombre de Australia a nuestro chiringuito y si hay mucho hombre sexy en un chiringuito, las mujeres van a por ellos. Así que dos por uno.

Y después está Hernán. Es un surfista de esos que hace más piruetas que el gobierno para mantener la economía del país. En su día fue un YouTube de renombre, por sus videos de surf, pero se cansó de ese mundo.

Es otro de los que se lio la manta a la cabeza, como hice yo en su momento, y se vino a Australia. Es la gran atracción de mi negocio. Todos quieren venir a dar clases con él entre foto y foto.

Mujeres, homosexuales, fans... Al ser homosexual, muchos hombres vienen a dar clases para poder ligar con él y llevárselo a la cama, así que él se gana polvos y fama sin ser acosado por la red y sin tanto salseo o televisión y yo me gano toda la pasta que genera con sus reservas.

Esto es la vida real y es un negocio. Puede que se me considere un insensible, pero no hacemos

daño a nadie, todos ganamos y Hernán está de acuerdo con todo. Desde el primer momento dejé todo claro.

Soy una persona transparente y muy directa, no me gusta engañar a nadie. Expongo mis cartas y si les interesa perfecto, sino no pasa nada. No obligo a nadie. Ambos están aquí porque quieren, están a gusto y son felices.

Sus contratos son muy buenos, las propinas aún mejores, tienen mucho tiempo para ellos y para su vida personal, y nos llevamos tan bien que somos como una familia, así que esto es un paraíso en todos los sentidos, y no solo por las vistas.

Nuestra especialidad son los cócteles de coco. ¿Quién no querría tomarse un cóctel fresco de coco en una isla que se llama Isla Cocos? Si no lo haces es porque estás mal de la cabeza.

Me tomo un trago de mi cóctel de coco mientras hablo con unas chicas que quiere reservar con Hernán todo el día. Son más de mil euros el día completo, pero parece que sus padres se limpian el culo con billetes de quinientos euros.

Les regalo el alquiler del equipo, tanto el neopreno como la tabla, después de untarnos cada una de ellas con más de mil pavos le regalaría hasta un riñón.

—Hernán, mañana tienes reservado todo el día con estas preciosidades —lo miro guiñándole el ojo cuando entra por la puerta.

—Debería pagarles yo a ellas por tener el placer de estar con semejantes bombones todo el día —las chicas se sonrojan y les dan dos besos y yo solo puedo poner los ojos en blanco mientras les cobro antes de ir a visitar a Esther en el chiringuito para ver cómo va el día.

El local está abarrotado, no cabe ni un alfiler. Eso me gusta, cuanta más gente, más dinero, que es lo único que me interesa. Me acerco a ella y le doy un pequeño abrazo. Está preparando un cóctel.

—¿Cómo va la mañana, cariño?

—Estamos hasta los topes, Jordi.

—Como siempre, entonces.

—Sí, pero hoy han reservado el doble de personas que ayer, tendremos que alquilar mesas y sillas.

—Yo me ocupo. Llamaré al proveedor para que nos traiga lo que necesites.

—¿Y tú cómo te encuentras hoy?

—Estoy feliz, como siempre.

—¿Y si te digo que te voy a subir el sueldo porque haces unos cócteles de muerte y porque te lo mereces? ¿Eso te haría más feliz?

—Por supuesto, todo lo que sea subir y no bajar me hace bailar con castañuelas.

—Excelente.

—Pareces el señor Burns.

—Nada, no digas tonterías. He pensado en contratar a alguien más, ya no damos abasto. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto. Habrá que hacer entrevistas.

—Estoy seguro de que caerá del cielo, como me caíste tú y como lo hizo Hernán.

—Tú siempre tan seguro de ti mismo.

—Ya sabes lo que pienso. La suerte favorece a los audaces.

## Capítulo 3



Me llamaron de recepción antes de que sonara la alarma para bajar e irme al aeropuerto a tomar el segundo y último vuelo.

Me duché, recogí todo, me fui a desayunar precipitadamente y salí a montarme en el taxi.

Pensé que me iba a volver loca, pero rápidamente un chico me ayudó con todo y encima hablaba español. <<Suerte la mía>>, pensé con una sonrisa de agradecimiento en mis labios.

En el avión por un error me metieron en primera clase, se lo dije a la azafata y me dijo que no pasaba nada, que yo tenía ese tipo de asiento, pues eso, que no le iba a discutir, me senté en aquel impresionante sillón y supe que al menos iba a estar cómoda las diez horas que me quedaban por delante.

No eran ni las siete de la mañana, el vuelo era de lo más temprano, así que tal como despegó y se puso en plano, me trajeron un impresionante desayuno de esos que solo dan en primera clase.

Esta vez no me asustó tanto el despegue, como que lo viví de otra manera y no monté un numerito, aunque íbamos tres gatos en aquella cabina y bien separados.

Recordé a Ricardo, me habría encantado tener un padre así, joven, con ese carisma, con tanta paciencia y cariño, me había dado toda una clase de humildad a pesar de tener una vida de lo más acomodada, pero era todo un señor con una historia de lo más triste detrás.

Me puse los auriculares para escuchar música, tras ese segundo desayuno me apetecía relajarme e intentar dormir un poco, cosa que no fue posible hasta tres horas después que mi cuerpo se relajó por completo y caí en un profundo sueño de cuatro horas.

Al despertar me di cuenta de que apenas faltaban para llegar unas dos horas y pico ¡Wow! Eso sí que me emocionaba.

La azafata me ofreció un menú, lo tomé gustosamente y, ¡vaya menú...! Aquello era digno de un restaurante de esos que son estrellas Michelin ¡Lo que era viajar en plan rico! Y encima pagando por turista, todo un chollo...

Bueno, no fueron tan rápidas esas dos horas largas, me comí hasta los nudillos, estaba taquicárdica por llegar y abrazar a mi amiga que lo último que podía esperar ese día era verme aparecer por allí.

Y cuando ya estaba que me comía... ¡Aterrizamos!

Hice todo el trámite para salir de allí, me interrogaron de mil maneras, dejé claro que iba por vacaciones, de lo contrario, me hubieran pedido unos permisos y deportado inmediatamente en el siguiente vuelo.

Me estaba sacando de quicio esa mujer policía que quería buscarme algún fallo para que no pudiera entrar, hasta me hizo enseñarle la cuenta bancaria *online* para comprobar que tenía suficiente dinero para mantenerme durante mi estancia, eso, que era tonta o que no se fiaba ni un pelo de mí, que como todo fuera bien no me sacaban del país ni a rastras.

Y al final me devolvió mi documentación y me dio la bienvenida al país. No sabía si darle las gracias, una hostia o mandarla a la mierda, pero me decanté por lo primero, de lo contrario, me enviarían de vuelta, eso seguro.

Salí y me acerqué a un chico que estaba fumando un cigarro y le pedí fuego, me había dejado el mío en el hotel de Bangkok, aunque fumaba muy poco, pero ahora me apetecía disfrutar de uno antes de montarme en el taxi e ir al encuentro de mi niña, de mi amiga, la única persona que tenía en este mundo.

El taxi me llevó hasta el lugar indicado, tardamos un buen rato pues estaba lejos y apartada esa playa que era transitada por miles de surfistas de todo el mundo.

Estaba cargada de maletas cuando el taxista me dejó justo en la entrada trasera del restaurante tipo bar donde mi amiga trabajaba. La vi a lo lejos, yo estaba parada junto al equipaje y me crucé de brazos esperando que mirara hacia mí, cuando se acercara más a esta parte.

Pasó una pareja y les pedí fuego, veía que me iba a quedar ahí media hora hasta que me viera, así que esperé a que eso sucediera.

Diez minutos tuvieron que pasar para girarse y mirar hacia mí, con esa cara de no creérselo y andar un poco más hacia adelante con esa bandeja que cayó al suelo cuando comprobó que sí, que era yo.

—¡¡¡Hija de put...!!! —gritaba corriendo hacia mí para abrazarme.

Y lo hizo, con tal intensidad que caímos al suelo, menos mal que era arena, dura, pero lo era.

—¡Me vas a matar! —grité asfixiada con ella encima.

—Eso debería de hacer ¿Cómo no me lo dijiste? —Me agarró la cara entre sus manos y comenzó a darme picos en mis labios, era manía suya desde chica cuando se ponía eufórica.

—Quería darte una sorpresa, pero por poco me mandan de vuelta los de inmigración ¡Cómo se las gastan!

—Es que te debería de haber puesto al día para quitártelos de encima fácilmente, pero es que con tanta sorpresa ¡Qué iba a saber yo!

Nos levantamos y me llevó hacia el restaurante, le pidió a uno de sus compañeros que llevara las maletas hacia la cabaña. ¡Encima mandaba la tía! ¡Qué morro! Y como le obedecían con esas sonrisas.

Joder los australianos eran bien guapotes por lo que podía ver. Me gustaban, me gustaban.

Me preparó un coctel de bienvenida en plan, granizada de sabores de frutas, por supuesto el ron también lo llevaba, que estaba cansada pero no era tonta.

Pronto se acercó un bombón de hombre, un rubiales con media melena perfectamente cuidada y al aire, con esos ojos claros que traspasaban a cualquiera y ese cuerpo...

—Es Jordi —me dijo Esther, dándome un manotazo en el hombro mientras reía.

—Ah tu jefe —la miré quejándome por el golpe—. Soy Carmina, su amiga —en esta ocasión me dirigí a él.

—¿Carmina? No me habías dicho nada Esther...

—Ni que yo fuera conocedora, hasta la bandeja con vasos se me cayó al suelo al verla —rió negando y haciendo la que se daba un disparo en la sien.

—¿Y vienes de vacaciones?

—Ni que yo fuera la Paris Hilton, vengo a trabajar, así que dame turno, instrucciones, que mañana estoy aquí sonriendo a los turistas.

—Vaya, clara, directa y exigente —afirmó lentamente con la cabeza mientras aguantaba la risa.

—De esta me encargo yo —intervino Esther—. Le enseñaré como es debido —dijo haciéndole

un guiño.

—Vamos, que para poner un café o una copa no hay que hacer una carrera —me encogí de hombros causándoles una sonrisa.

—Bueno, me retiro —decía negando y sonriendo—. Bienvenida a nuestra casa —abrió las manos señalando todo el alrededor. Yo me quedaba con el fondo, el ruido del mar y esas vistas que eran para quedarse una eternidad deleitándose con ellas.

Esperé a que mi amiga terminara y luego nos fuimos hacia las cabañas, había como una treintena de ellas, de personas que vivían ahí, otras que las cogían por una temporada y otras que por un día o varios.

Eran preciosas, tonos rosas, celestes, amarillos, todo estaba de lo más cuidado en detalles y aquello lo arrendaba una inmobiliaria de Sídney.

Una cucada, una terracita pequeña alargada a un lado y directamente la arena, haciendo un rincón de lo más idílico.

El interior tenía dos habitaciones, una de matrimonio y otra con dos camas, un baño, el salón que estaba en toda la entrada con la cocina americana. Chico pero perfecto para ella.

Me quedé con la habitación de dos camas, ya que ella tenía la principal, aunque me dio a escoger para mí la que quedaba era perfecta.

Nos pusimos a charlar mientras ella preparaba un par de hamburguesas para cenar y tomarlas fuera en ese mini porche que era un lugar para desconectar, frente al mar, era ese rincón en el que te sentirías con el paso del tiempo como en unas eternas vacaciones y así me lo confirmó ella mientras cocinaba.

Salimos y nos sentamos sobre la arena, preferimos eso a la mesita que había con dos sillas sobre el suelo de madera.

Comencé a contarle mi viaje, como conocí a Ricardo ese que me llevó de aventura unas horas por Bangkok y que fue como un ángel que protegía mi camino.

Ella negaba riendo mientras mordisqueaba la hamburguesa que, por cierto, estaba riquísima, se notaba la calidad de la carne y el cariño que le había puesto, además llevaba cebolla, beicon y queso, como a mí me gustaba, sin nada más y como comprobé, a ella no se le había olvidado.

En ese momento sentí el cansancio del viaje en mi cuerpo, un silencio se interpuso entre nosotras mientras nos mirábamos a carcajadas ¿Para qué hablar? Nos entendíamos con la mirada a la perfección y las dos estábamos eufóricas por volver a estar juntas.

Después nos pusimos a charlar de todo un poco, de todas formas, nosotras vivíamos en continuas videollamadas y lo había hablado siempre todo, así que fue un repaso por este tiempo y ya.

Sentí como que había recuperado una parte de mi vida y no por el lugar, sino por tener a mi pilar fundamental de nuevo a mi lado, eso era ella, aquella chica que se convirtió en una hermana conforme iba creciendo, en esa persona que aguantaba mis malos días, aunque era recíproco, pero para mí lo era todo.

Estaba cansada, pero a la vez tan a gusto ahí sentada con ella que no me quería ir a dormir, esta noche era muy deseada y especial, necesitaba tenerla más rato conmigo, mirándola, observando que nunca se fue aquella complicidad que siempre hubo entre nosotras.

Esther comenzó a hablarme de una relación que había tenido con un chico australiano, yo era conocedora de ello, pero escucharla hablar así en directo y no a través de una pantalla, resultaba más real, notaba como sus sentimientos hacia aquel chico no habían amenguado.

Habían roto porque él quería que ella dejara esto y se fuera a la ciudad a vivir a su casa, pero

ella no estaba dispuesta a dejar aquel rincón que tanta vida le daba y donde había encontrado la paz que tanto ansiaba, ella siempre había soñado con vivir en un sitio así y de esa manera.

Comprendí que su corazón estaba dividido a pesar de tirar por quedarse aquí, pero aquel hombre había sido muy importante en su vida y no conseguía arrancarlo de su corazón. Hablaba de él con mucho cariño, con buenos recuerdos y con un ápice de esperanza de que algún día volverían a estar juntos, pero claro, el dilema seguiría y uno de los dos tendría que sacrificar su forma de vida. No era fácil.

Tras una buena charla de cuatro horas nos fuimos a dormir, en la puerta de la habitación nos despedimos con un fuerte abrazo de esos que te transmiten cuán importante eres para la otra persona.

Me abracé a la almohada bien fuerte y sonreí, estaba pletórica por esa sensación que tenía con todo, era como un aire fresco a mi vida, otra etapa, algo bonito que solo había comenzado a fraguar.

Olía diferente, fresco, con el sonido del mar de fondo, era algo especial, algo que nunca había experimentado de esta manera, era como si de repente todo se volviera de color de rosa, como aquella cabaña, incluso podría encontrar el amor. Aunque yo era un poco de aquella manera, no dejaba de ser una soñadora romántica esperando a mi príncipe azul.

Quizás la vida me tenía preparado esto, quizás el destino no iba a ser tan malo conmigo, como lo fue cuando yo era una niña y me arrebató lo que debían de ser mis protectores, por eso confiaba que ahora era el momento de empezar a ver la vida de otra manera.

## CAPÍTULO 4: JORDI



El negocio va viento en popa, pero, como ya he comentado, Esther no da abasto y por mucho que Thomas intente echarle un cable, está en cocina y no puede hacerlo todo. Ya nos ocuparemos de eso, pero hoy tenemos mucho trabajo.

Hernán tiene hoy un completo y tengo que ir a ayudarlo. Me despido de Esther, mi jefa del local y le digo que no voy a estar en todo el día. Las chicas de ayer reservaron el día completo y Hernán no puede ir solo.

Si la policía costera lo ve trabajando solo con más de diez personas a su cargo se le cae el pelo a él, pero sobre todo a mí. Podría perder la licencia y eso reduciría a la mitad mis ingresos y por consiguiente el de los empleados, no me lo puedo permitir.

Me marchó con Hernán y las chicas, que ya han llegado emocionadas por poder estar con él todo el día. Alguna me mira como si me quisiera comer entero, sobre todo cuando me suelto el pelo.

Nos subimos en las tablas en la orilla de la playa. Las niñas se sientan en la tabla mientras que nosotros vamos de pie. Es mejor ir paso a paso con ellas.

Alguna que intenta ponerse de pie acaba cayendo de culo en la tabla o de plancha en el agua.

Se ríen, pero esto no deberían tomárselo a risa, si caen mal la denuncia nos la podemos llevar nosotros. Intento poner orden y mientras Hernán se encarga de enseñar la posición de los pies y el equilibrio en la tabla, yo me encargo de otras dos. El resto espera.

Todas quieren a Hernán, pero a él le van otro tipo de clientes, con barba de tres días, músculo y mucha pluma. Es más, recuerdo que cuando lo conocí llevaba una mochila de esas a lo aventurero que se presenta a la isla sin saber qué hace aquí.

Me recordaba un poco de mí cuando llegué aquí, sin más que unas ilusiones, cuatro billetes mal contados y muchas ganas de convertir este paraíso en un pedazo de mi corazón, en dejar una huella de lo que soy y de lo que podría llegar a ser.

Todavía me recuerdo a mí mismo construyendo tabla a tabla durante estos cinco años todo lo que ahora tengo. Y fue duro, claro que fue duro, pero era mi sueño y solo fui a perseguirlo.

Me quité la camiseta, me remangué los pantalones y me metí de lleno en la creación de mi propio paraíso y no podría ser más feliz. Tengo unos empleados maravillosos, que ahora son mis amigos y unas clientas torpes, como estas.

Una de las mías le acaba de dar una patada en la cara a otra intentando mantener el equilibrio y ahora está sangrando. Trato de hacer que se siente en la tabla y que coloque la cabeza hacia arriba mirando el cielo.

—¿Cómo te llamas, cielo?

—Deborah.

—¿Deborah qué más?

—Hombres.

—OK, ya me conozco el chiste. Eso significa que estás perfectamente.

—Podría estarlo mejor contigo entre mis piernas.

—Lo siento, pero Hernán y yo somos pareja, gracias —le suelto la milonga para que me deje tranquilo. No me interesa en absoluto.

—Vaya desperdicio. Los tíos más buenos de Isla Cocos y se han pasado a la otra acera.

—Es que en esa había sombra y aquí hace mucho calor.

No digo nada más. Simplemente me alejo un poco para hacer saber a Hernán que la chica está perfectamente y más salida que el palo de un churrero. Estaba demasiado preocupado, pero todo está bien.

Nos pasamos el día enseñando a las chicas a mantener el equilibrio sin hacer sangrar narices, a mantener los pies dentro de la tabla, sujetos, y alguna hasta se atreve a coger alguna que otra ola, aunque el resultado es desastroso; planchazo.

Volvemos por la tarde. Han comido en un restaurante dentro de un barco, a nuestra cuenta, ya que entraba dentro del pack que contrataron en la tienda.

Tenemos un contrato con el dueño del restaurante.

De este modo, ambos ganamos. Los clientes de su barco son mandados a mi casa y los míos comen en la suya. Es lo que tiene hacer negocios, puede que ganes o pierdas, pero si no arriesgas, no ganas.

Cuando damos el turno por terminado y cojo llamadas de reserva para próximos días, me acerco al chiringuito para ver cómo funciona. Hoy es domingo y está hasta los topes, suerte que las mesas y sillas de alquiler han llegado a tiempo y hemos doblado la capacidad.

Me pongo el delantal y empiezo a ayudar a Esther a servir a las diferentes mesas. Hernán se marcha a casa, su turno ha terminado y es hora de descansar. Ha tenido suficiente hoy con rechazar a féminas con las hormonas por las nubes y esquivar sobeteos indiscretos.

Me pongo las pilas y entre Esther y yo nos encargamos de todas las mesas en un santiamén. Ella prepara las bebidas y los cócteles mientras que yo los sirvo en las mesas y las dejo lista en un abrir y cerrar de ojos.

Esther sale con una bandeja para la mesa tres. Ahora está todo mucho más tranquilo y puede ocuparse ella mientras que yo encero las tablas de surf. Estoy relajado haciéndolo cuando escucho cómo se le cae la bandeja al suelo.

Me acerco a ver qué es lo que ha ocurrido. En el tiempo que conozco a Esther, nunca se le ha caído nada de nada. La veo abrazarse a otra chica y eso todavía me intriga más. Me coloco a su lado.

—Es Jordi —me presenta mi camarera a la misteriosa chica que acaba de llegar.

Es un bellezón de esos que, al verla, se te quita el hipo. Mantengo mi rostro estoico, aunque por dentro lo que me apetece es decirle cualquier chorrada para llevármela a la cama y hacerla temblar.

—Soy Carmina, su amiga —y sé exactamente quién es, y no porque la conozca, sino porque Esther me ha hablado de ella hasta la saciedad, son prácticamente hermanas. Me hago el tonto, no quiero que se crea tan importante.

—¿Carmina? No me habías dicho nada, Esther —le digo a esta última sin saber si esto ha sido una casualidad de verdad o ya estaba planeado.

—Ni que yo fuera conocedora, hasta la bandeja con vasos se me cayó al suelo al verla —y entonces entiendo que, realmente, le ha pillado de sopetón.

—¿Y vienes de vacaciones? —vuelvo a centrar mi total atención. Cuando me contesta tan directa, tan seca y tan... arrogante, puedo ver de qué pie cojea.

Parece que es de las difíciles, pero esas son las que más me gustan, sobre todo porque cuando no me ponen las cosas sencillas, peleo más y me lo trabajo más. Lo fácil es aburrido.

Me encamino a hacer caja y guardar el dinero a buen recaudo. Mañana será otro día y apenas quedan tres mesas con clientela. Es tarde y es hora de bajar las persianas y recogerlo todo.

Limpio las mesas extras y las voy apilando antes de hacer lo propio con las sillas. El proveedor viene mañana a por ellas en su barco y no quiero tener que madrugar para prepararlo todo.

Recojo también las mías, que ya no tienen clientela y ya están limpias. Las meto en el almacén y me siento a tomar una cerveza. La verdad es que ha sido un día intenso y necesito un descanso.

Cuando me la acabo, me desnudo sin dejar de mirar a Carmina, le voy a dar un baño incitándola a que me acompañe, si es que así lo desea. Nado con delfines y las tortugas acarician mis piernas junto con los peces.

Me sumerjo por unos segundos y puedo ver el arrecife coral. Siempre que puedo, me meto en el agua una vez acabada la jornada laboral y me deleito con las vistas que se me ofrecen frente a los ojos.

Me encantaría sumergirme y ver todo el fondo del océano algún día, pero el mar es demasiado grande y el tiempo no corre, sino que vuela, a la velocidad de la luz.

Thomas se me acerca, también ha terminado el turno y se mete en el agua conmigo. Nos gusta hablar refrescándonos cuando acaba el día.

—¿Has visto el bomboncito que ha llegado, Jordi?

—Claro que lo sé.

—Gracias por contratarla y alegrarnos la vista. Teníamos ya unas vistas impresionantes con Esther, pero dos es como tocar el paraíso con la yema de los dedos.

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, todavía no está contratada, pero nos hace falta el personal, así que si vale, no veo por qué no pueda quedarse.

—Genial tío.

—¿Y cómo ha ido hoy, Thomas?

—Ha sido bastante estresante, pero me gusta trabajar bajo presión, así lo doy todo de mí.

—Me alegra oír eso. Bueno, yo voy a ir chapando el chiringuito, ¿nos vemos mañana?

—Claro, pasa buena noche, Jordi.

Salgo del agua y me seco en la orilla antes de acabar de recoger las mesas de los comensales que acaban de marcharse. Las chicas se despiden y se marchan a la cabaña rosa, una de las que construí a base de tablas de manera y clavos y yo cierro el local antes de marcharme yo a la mía.

Es momento de relajarse. Mañana será otro día y el último antes de nuestro día de vacaciones. Puede que no sea mucha fiesta, pero la aprovechamos bien. Solemos pasar el día libre juntos, porque por aquí no hay mucho más que ver.

A veces vamos a la capital a modo de excursión, pero como siempre digo, como en casa en ningún sitio.

Me doy una ducha y me hago unos huevos fritos con hamburguesa antes de meterme en la cama y poner la televisión, quiero ver cualquier cosa para coger el sueño. Pongo la sexta para ver cómo chicote reparte leña.

Lo bueno de tener este aparato, es que puedo ver los canales internacionales que me dé la gana y, por supuesto, me quedo con los españoles. Me río de lo lindo. La verdad es que hay cada

pieza...

No me extraña que algunos negocios vayan fatales, si es que son más cerdos que los potitos. Si hasta tienen ratas achicharras en los hornos, si es que tendrían que cerrar eso por insalubre.

Cuando me considero lo suficientemente somnoliento, me lavo los dientes y dejo que el sueño me arrastre. No creo que mañana vaya a ser más tranquilo que hoy, así que, todo lo que pueda descansar, bienvenido sea.

Mañana tengo que levantarme pronto. Hay que afeitarse para estar presentable ante los clientes y tenemos tres adinerados de Australia que ya han venido en otras ocasiones a la tienda.

Cierro los ojos y el sueño se adueña de mí, aunque a las seis de la mañana, vuelve a tocar a mi puerta, o más bien es la alarma quien lo hace, para darme los buenos días. Apenas he dormido cuatro horas y estoy más que cansado.

Me doy una ducha y me afeito, que ya tengo unas greñas que me dan vergüenza y me peino haciéndome una coleta. Hoy promete ser un día caluroso y el pelo en estas ocasiones me molesta.

Me visto y me pongo en marcha. Voy un momento a la tienda de surf y lo preparo todo. Coloco en la entrada los trajes de neopreno y las tablas ya enceradas, listas para ser usadas cuando lleguen los clientes.

Abro la caja y desconecto la alarma. Hoy tenemos las toallas a mitad de precio, así que está previsto que los clientes las compren o al menos hay que ofrecérselo, que quiero deshacerme de ellas sea como sea.

Miro el reloj y apenas queda media hora para abrir, pero ya van apareciendo los empleados. Thomas es el primero en hacerlo, seguido de Hernán y después las chicas. Me en camino al chiringuito dispuesto a tomar un desayuno que me ayude a despertar del todo.

Necesito un café como agua de mayo, así que, cuando coloco todas las mesas del chiringuito, me siento en una de ellas a la espera de que algún alma caritativa me sirva un café y una tostada.

## Capítulo 5



Podía oler el café desde la habitación y a mi amiga sentirla preparando el desayuno.

Me había levantado con una paz que solo un lugar como aquel puede hacerte sentir. Yo era de las que pensaba que la vida era simple, el ser humano es el que se empeña en hacerla difícil, aunque estaba claro que todo el mundo no tenía la posibilidad de dar un giro de trescientos sesenta grados y comenzar una nueva vida y más en un lugar así.

—Buenos días —aparecí estirándome.

—Buenos días, cuerpo —me hizo un guiño y me señaló la silla para que me sentara.

—Quería comentarte —dije cuando me puso el café delante —que no voy a estar aquí de gratis, el tiempo que esté en esta cabaña lo pagaremos a medias —la miré a sabiendas de que era la más generosa del mundo, pero yo no quería vivir por la cara para nada.

—Lo veo justo, pero ya el mes que viene cuando cobres tu primer sueldo —me hizo un guiño.

—No empieces... —resoplé.

—No empieces tú, cuando cobres tú primer sueldo a final de mes, pues pagamos esto a medias.

—Está bien, pero quiero ir a hacer una buena compra para las dos.

—Ahora mismo hay mucha, ya vamos la semana que viene, además, el pan y lo que nos vaya haciendo falta lo compraremos en la tienda del desavío que está en la calle de atrás.

—¿La tienda del desavío? —reí.

—Eso es, allí hay de todo para salir del paso.

—Ya, hasta ahí lo entendí —puse los ojos en blanco riendo.

—Pues prepárate para tú primer día de trabajo. ¿Has deshecho las maletas?

—No, luego lo hago, ahora me daré una ducha y me voy contigo a vender las mesas y las sillas.

—Tampoco es necesario, con que vendas la bebida y comida vamos bien.

—Ya sabes que me las gasto bien con esta labia —me señalé la lengua.

—Lo sé, así que confío en que te adaptes, ahora trabajamos cuatro horas y por la noche otras cuatro, nos vamos turnando con Thomas y coincidiremos también con él en algunos horarios.

—Imagino que Thomas es el chico de ayer, ¿no?

—Hombre, no va a ser Will Smith que venga a echarnos un capote... —Puso las tostadas sobre la mesa y se sentó mientras negaba riendo —Es el cocinero y a veces me echa un cable con los clientes.

—¡Tonta! —nos echamos a reír.

—Si quieres luego cuando volvamos para a descansar, dedicamos un rato a colocar tus cosas.

—Tranquila, lo haré poco a poco, lo quiero organizar todo bien y sin prisas, ya sabes que soy muy especial y meticulosa.

—Lo sé, pero tu tranquila, a tu ritmo entonces.

—Por cierto, anoche soñé con el jefe —suspiré.

—¿Con Jordi?

—Con el mismo que calza y gasta. No me digas que no es un bomboncito.

—No es mi tipo, pero reconozco que tiene lo suyo...

—A ti te gustan más mayores, lo se.

—Por eso —me sacó la lengua con esa cara de pillita que tan bien sabía poner.

Desayunamos y nos fuimos para el bar, ya comenzaban a aparecer los primeros clientes de las cabañas y de los cursos que impartía Jordi, así que nos pusimos rápidamente a tomar nota de los desayunos y a preparar cafés, tostadas y zumos por un tubo.

También apareció el jefeazo, sonriente, con esa dentadura perfecta y un moreno que lo hacía de lo más apetecible.

—Buenos días, jefe ¿Qué desea desayunar? —solté con retintín y desparpajo.

—Buenos días, Carmina. Un café manchado y una tostada con mantequilla —se sentó en la barra.

—Tenía entendido que los deportistas evitaban la mantequilla y otras grasas.

—Pues mira, ya ves como no, lo bueno de hacer deporte es que te mantiene quemando todo aquello que ingieres —me hizo un guiño, que por poco me caigo de espaldas.

—Bueno, entonces te pondré pan doble —me giré para preparar su desayuno.

—No, no, solo quiero una.

—¿No dices que no engordas? ¡Pues aprovecha! —hice oídos sordos y comencé a prepararle dos tostadas.

—¿En serio no me vas a hacer caso? —preguntó mientras yo estaba de espalda.

—Pues claro que no —respondí sin girarme.

—Vaya por Dios, lo que me faltaba por escuchar.

Aguanté la risa al oírlo, este no sabía lo quema sangre que yo podía llegar a ser, pero lo bueno de todo es que sabía que se estaba riendo, con hacerle un poco de gracia ya me conformaba.

Le puse delante el desayuno y observé que me miraba aguantando la risa y desafiándome con la mirada.

—Qué aproveches —murmuré en voz baja—. Me voy a atender las mesas —sonreí con ironía.

—Que te sea leve...

Aguanté la risa mientras me giraba, ese “leve” había sonado a resignación más que a deseo de que yo tuviera un gran día como estreno, pero me molaba ese tono que le ponía ante la resignación de ver que había hecho caso omiso a su petición de una sola tostada.

Pero bien que se la comió, cuando terminó no dejó ni las migas, se fue dejando el plato más limpio que salido de un lavavajillas, vamos que, si le llego a poner tres, también se las zampa.

Mi amiga me miraba sonriéndome en todo momento y sacando el pulgar en afirmación de que lo estaba haciendo todo bien, aunque no lo debía de haber dudado conociéndome, descarada era un montón, pero trabajadora la que más, me gustaba dejarme la piel y ganar con dignidad cada céntimo que me pagaran por ello.

—Carmina, he llamado al asesor y va a preparar una especie de visado especial para que puedas trabajar e ir alargando todo hasta conseguir el definitivo de trabajo.

—¡Qué bueno!

—Le tengo que mandar tu pasaporte así que ve un momento a la cabaña y le tiras una foto —me dio su móvil.

—¡Marchando a hacer de fotógrafa!

—Por cierto, tráeme las pastillas que hay encima del microondas, las azules, me duele la

barriga.

—¿Estás con el periodo?

—Así es y cuanto más mayor me hago, peor lo llevo.

—Eres muy exagerada, solo tienes veinte siete años.

—¿Y?

—Qué no eres vieja —negué riendo.

—Seis meses más que tú —me dio un cachete en el culo para que fuera a hacer lo que me había dicho.

Fui a hacer la foto al pasaporte, cogí las pastillas, me fumé un cigarro por el camino y volví al bar.

Me sentía en una nube, incluso la mala leche de mi despido injusto se me había pasado, hasta le daba las gracias a mi jefe por su nefasta decisión, esa que fue el detonante para que me decidiera a venir hasta aquí.

Le di todo a Esther y me puse a atender en la barra a unos chicos que se acercaron.

—¿Eres nueva? —preguntó uno de los tres.

—No, dejé de ser virgen hace mucho ¿Qué os apetece tomar? —solté con descaro y gracia antes de preguntarles por la bebida.

—Muy graciosa, además tu acento es de...

—México como ustedes seguro que no.

—¿Argentina?

—Sos un boludo, ¿Cómo pensás que soy argentina? —bromeé entonando ese acento que tanta gracia me hacía.

—¿No lo eres? Pues lo hablas muy bien.

—Claro, me saqué la licenciatura en filología argentina— seguí bromeando.

—¿Me estás vacilando? —preguntó riendo.

—¡No! Dios me libre —reí.

—Bueno, si nos pones tres cervezas bien frías te perdonamos...

—¿Tú y estos dos? —Los señalé como en plan burla y luego me reí negando mientras le sacaba tres botellines casi congelados.

—Bueno, comencemos de nuevo ¿De dónde eres?

—De Johannesburgo...

—¿Eso no es Sudáfrica?

—Efectivamente.

—No tienes aspecto de sudafricana —levantó la ceja y los amigos los pobres que parecían dos momias que ni gesticulaban, me miraban temerosos de escuchar lo próximo que iba a soltar.

—Ni de argentina y mira por donde lo pensaste. Bueno voy a atender aquella mesa, id pensando que queréis para comer, que es muy triste beber cerveza sin probar algunas de nuestras especialidades.

—Veo que tienes don de ventas...

—Y de fichar a la gente —me puse los dedos en V hacia mis ojos y luego hacia los suyos en señal de que lo tenía ya vigilado. Los tres se rieron, él y las catacumbas.

Atendí las mesas y volví a la barra donde los tres me miraban con una sonrisa tonta.

—¿Habéis decidido ya que vais a comer? Os recomiendo los tacos mexicanos —solté con segundas.

—Buena sugerencia, pero yo me pregunto si de verdad será el plato estrella en un chiringuito

donde el cocinero es australiano...

—A ver, Juan Gabriel —lo nombré por el artista mexicano que era muy amigo de la Pantoja.

—¿El cantante?

—A ver, que es de tu tierra y, ¿me lo estás preguntando?

—No entiendo como una sudafricana puede tener constancia de él —me la devolvió con la mejor de sus ironías y me gustó eso, me eché a reír.

—Ahí le has dado, Cantinflas y como me preguntes por él, te llevas un botellazo —le advertí riendo y se echaron los tres a reír.

—Mientras no me llames Frida Khalo...

—Paso de ustedes, os voy a poner unos tacos, unos nachos y una enchilada —me giré para pedirlo al cocinero por la ventanita.

Fui a llamar al cocinero y no me acordaba de su nombre ¿Cómo podía decirle a un australiano?

—¡Canguro! Unos tacos, unos nachos y una enchilada para los mariachis...

—¿Canguro?

—¿No es lo típico de aquí? —me eché a reír y le hice un gesto con la mano de que ya me callaba.

Me acerqué a dos nuevos clientes que me pedían unas cervezas. Lo que más me estaba sorprendiendo es que era muy rara ahí la presencia de mujeres, había una cada ocho personas, pero era obvio que la mayoría venían a surfear.

Thomas me llamó y comenzó a darme los platos mientras seguía riendo por lo de “canguro”, este no sabía con quién había ido a dar, canguro iba a ser su segundo nombre.

Miré mi móvil que estaba enganchado al wifi de allí, en la cabaña también había, así que ya iría a sacarme una tarjeta australiana, ahora como no tenía a quién llamar y lo podía hacer por *wasap* si quisiera, como que no tenía prisa por hacerlo.

Me sorprendió ver que tenía un mensaje de Ricardo, me preguntaba que como llegué, como me sentía, que se había acordado mucho de mí y que el día anterior había dejado todo cerrado, que ya volvía en breve para España.

Me encantó que se hubiera acordado de mí, le puse un mensaje de voz contándole la paz que sentía en este lugar y lo feliz que me encontraba, me contestó con otro audio de voz que me sacó una parte ñoña de mí, hasta se me hizo un nudo en la garganta, pero estaba muy agradecida de como se portó conmigo y la gran compañía que fue.

Seguí trabajando y un rato antes de que nos fuéramos a descansar, apareció de nuevo Jordi.

—Hola, Carmina ¿Me puedes pedir una ensalada griega y una tortilla liada?

—Ahora mismito, jefazo —me llevó la mano a la frente.

—Eres muy graciosa —levantó su ceja.

—Y a ti eso te gusta, reconócelo —dije desde la ventana de la cocina esperando a que el “canguro” viniera.

Negó riendo, pero no contestó, ya me daba como caso perdido y eso que recién me estaba comenzando a conocer.

Mi problema fue que el último año sin Esther me volví muy seria, seca, no tenía a nadie de confianza, pero yo era tal cuál ahora, así que volver a estar junto a ella y encima en un lugar como este, donde puedes estar todo el día descalzo y en una paz absoluta, conseguía que saliera esa parte payasa de mí, esa que era mi verdadera esencia.

Mi jefe estaba para mojar pan y no dejar de hacerlo, encima sus gestos eran de lo más provocadores, al menos para mí, era un bombón de esos que deseas probar, pero bueno, no se le

veía muy interesado en mí, me aguantaba porque no tenía más remedio, pero no. Se notaba cuando le gustabas a un hombre y este no era el caso.

Bueno, aún tenía muchas artimañas que sacar, eso o que, poco a poco, cayera rendido a mis pies, pero bueno, todo era cuestión de idear un buen plan y para eso yo tenía bastante cabeza.

Le puse la comida y comenzó a contarme un poco sobre su club de surf, las clases que impartía a la gente de aquí y a los turistas que venían deseosos de aprender ese deporte acuático que tanto gustaban a los hombres.

Luego me fui con mi amiga a descansar para volver más tarde, mientras se quedaba poniendo copas el cocinero, él trabajaba todo el día, aunque entraba mucho más tarde que nosotras, de los desayunos nos encargábamos Esther y yo.

Me quedé dormida profundamente, aunque no me hubiera matado trabajando, aún tenía el viaje en el cuerpo y el cansancio que ello proporciona. A este pasó no iba a sacar la ropa de la maleta en mi vida.

Esa tarde trabajamos sin parar, se me pasó el tiempo volando e incluso cenamos allí, así que, cuando regresamos a la cabaña nos pusimos a guardar un poco de mi ropa, solo un poco, de nuevo el sueño me llamaba incansablemente.

## CAPÍTULO 6: JORDI



Hoy es nuestro día de fiesta. Es verdad que entre semana hacemos lo que nos gusta y por eso no se nos hace tan pesado, pero deseamos el día de vacaciones como el agua de mayo y cuando llegan los martes, que es el día que cerramos, bailamos hasta la Macarena.

Me ducho antes de colocarme ropa cómoda, de deporte, y me como una tostada con mermelada y un café, hay que empezar el día con un fuerte desayuno para que no flaqueen las fuerzas.

Una vez listo, me voy directo a la tienda de surf para coger un traje de neopreno para cada uno. Hoy toca día en familia, y para nosotros eso es pasar el día juntos, haciendo algo divertido y relajante.

Como me toca escoger a mí hoy, así que nos vamos a ir a hacer buceo y tomar el sol en esta playa maravillosa que la tierra nos ha dado. Tomo bombonas de oxígeno para todos y espero a que estén listos.

Van llegando y colocándose el neopreno y las bombonas de oxígeno en la espalda, a modo de mochilas, sobre todo porque sino nos ahogaremos nada más bajar.

Debajo todos llevamos bañadores, porque aquí es la prenda interior diaria, trabajando donde trabajamos, si no llevamos ropa de agua, es que no estamos muy bien de la cabeza.

Los que quedan se colocan a sus espaldas, a modo de mochilas, las bombonas de aire y nos metemos poco a poco en el agua. He descubierto una zona, en el interior, donde se sumergió hace décadas un barco y podríamos ir a explorarlo, además de a pasar el día viendo la flora y la fauna marina.

Todos están de acuerdo, con lo cual, nos dirigimos hacia allí. Nos encontramos tortugas marinas, delfines, mil y un peces, corales, estrellas de mar y muchísimas cosas más. Nos quedamos maravillados ante lo que ven nuestros ojos.

Una de las primeras cosas que hacemos de camino al barco, es meternos por una gruta submarina, en la que se entra por un arco de roca, y se pueden observar restos de una civilización que vivió aquí hace millones de años, cuando el agua no cubría esa parte de la tierra.

Nos dedicamos a visitar juntos el lugar, por los diferentes caminos, a investigar y buscar a ver si hay algo que podamos llevarnos, alguna reliquia antigua que valga más que un cuadro de Picasso.

Encontramos algún que otro trozo de lo que un día fue un ánfora, lanzas de madera con filo de piedra, algún que otro collar de minerales que se ha conservado en buenas condiciones y que sale removiendo la arena y un anillo roto de hierro.

Yo encuentro el collar, pero no le digo nada a nadie, sobre todo porque quiero hacer algo con él para hacer rabiar a Carmina y me viene que ni pintado. Dejamos las cosas que encontramos en la orilla de nuestra playa antes de volver.

No encontramos nada más, así que nos vamos directamente hacia el barco que tengo localizado.

Por el camino, acariciamos peces, caparazones de tortuga y alguna que otra estrella de mar, incluso Carmina, mientras busca en el fondo del mar alguna concha cerrada que contenga una perla dentro.

Ilusa, ya no estaría ahí de ser así, con tantas veces que ya he revisado yo los mares en estos cinco años que llevo ya aquí. Es por ello por lo que quiero ir a conocer el barco, que lo he descubierto hace poco.

Espero que guarde muchos secretos y que hoy sea el día en el que podamos desvelarlos. Yo voy primero con las chicas, una a cada lado y Thomas y Hernán van detrás. Ya hace tiempo que sé por dónde van los tiros con ellos, pero no se animan.

Se que se miran en secreto, que llevan tiempo uno enamorado del otro, pero que no se atreven a dar el paso y confesar sus sentimientos. Creo que hoy podría ser un buen día para empujarlos.

Estoy harto de verlos sufrir el uno por el otro y de que se laman las heridas. Ya llevan así casi cuatro años y es la hora de que se enamoren y que lo intenten como dios manda y dejen de manear la perdiz.

Llegamos donde se encuentra el barco hundido y nadamos de un lado a otro, disfrutando como si fuera un parque de atracciones acuático. Pasando por sus ventanas esféricas laterales. Tomo de la cintura a Carmina y la cosquilleo antes de atraparla como si fuera una medusa.

Ella intenta desasirse entre risas y cuando lo hace, sale disparada hacia Hernán y Thomas para que la salven. Entonces yo capturo entre mis brazos y piernas a Esther y esta se deja gustosa, pasándoselo en grande.

El rostro de Carmina cambia al segundo y ya no la veo divertida y risueña, sino algo molesta y como si estuviera fuera de lugar. Suelto a Esther, porque, aunque quiero provocarla y encelarla, no quiero verla así.

Revisamos todo el barco, pero no encontramos nada. Nos colocamos de pie sobre este y veo a Carmina dar un bote y sujetarse el pie desnudo con algo colgando. Lo mueve desesperada arriba y abajo, pero parece ser que algo se le ha enganchado.

Al acercarme para ayudarla, veo que es un cangrejo, que le ha atrapado el dedo gordo con ambas pinzas. No puedo evitar reírme, la situación es de lo más cómica, aunque a ella no parece hacerle mucha gracia.

La ayudo a deshacerse del animal y cuando lo consigo tiene el dedo rojo y gordo como una morcilla. Intento restarle importancia. Ahora está así porque se le ha inflamado un poco, pero no le durará mucho, además, el agua salada del mar le irá bien.

Los chicos se están divirtiendo de lo lindo. Encontramos bastantes cosas antiguas del barco para decorar las casetas, la tienda y el bar y no tardamos mucho en volver a tierra firme.

He cogido un par o tres de cosas porque se me ha ocurrido otro plan macabro para hacer rabiar a Carmina. Así que cuando volvemos a la orilla y dejamos las cosas que hemos encontrado en esta, decidimos que es buen momento para tomar el sol en la playa y así descansar.

Bucear no es moco de pavo, y si no respiras bien puedes acabar muy mal. En nuestro caso, ya les había dado alguna que otra clasecita previa, así que lo hicieron de fábula, pero cansa.

Nos tumbamos en las toallas para secarnos tras quitarnos el neopreno y quedarnos únicamente con los bañadores que llevamos debajo y, una vez nos hemos puesto la crema solar, veo cómo se forman un par de grupos, el de las chicas y el de los chicos.

Es el momento de actuar y poner en práctica el plan. Los chicos van a ser felices porque lo digo yo, cueste lo que cueste, así que, aunque en principio yo me iba a poner en medio, uso mi poder de jefe para ponerme entre las chicas y los chicos, haciendo que estos toquen toallas.

Y entonces les susurro, sobre todo porque no quiero que las chicas sepan de esto, solo me interesa que ellos hagan lo que tengan que hacer para que su amor vaya a buen puerto.

—¿Sabéis una cosa? Os considero unos empleados excepcionales, pero veo que no sois felices en su totalidad y eso me mata. Por eso, a riesgo de que me matéis a mí, no me volváis a hablar en la vida o que os queráis marchar de mi lado, tengo que hacer algo o si no reviento.

—¿El qué? —contestan ambos a la vez.

—Mirad, sé que os queréis en silencio desde hace años y estoy harto de veros sufrir porque no tenéis la suficiente valentía para expresar lo que sentís el uno por el otro, así que he decidido hacer de alcahueta por un día y decir lo que vosotros no os atrevéis para que deis el paso de una maldita vez.

—Joder Jordi, ¿no podías callarte la puta boca? —me dice Thomas.

Ambos están rojos como dos cangrejos y tras decirles “De Nada”, me marcho con las chicas. Lo mejor ahora es dejarlos solos para que hablan de sus cosas, ahora que saben que ambos se gustan y que, si se dejan llevar por lo que sienten, de aquí va a salir algo hermoso.

No me arrepiento de nada de lo que he hecho, porque, aunque ahora me odien, sé que a la larga se alegrarán de que alguien los empujara a confesar sus sentimientos y cuando sean felices, espero poder ser el padrino, que me lo merezco.

—Hola, chicas, ¿qué estáis haciendo?

—Pues la verdad, intentando que la piel deje de parecer un vaso de leche y pase a ser uno de Cacaolat.

—Hui, para llegar a mi tono de piel bronceado necesitáis años de montar y desmontar mesas en el chiringuito.

—Tomamos nota.

—¿Qué te parece si te envuelvo en una pasta que va a hacer que te broncees en un momento?

—Está bien, me pongo en tus manos, pero si no funciona, Esther te cortará las pelotas y hará con ellas malabares —dice Carmina.

—Te lo prometo, nena —contesta Esther.

Hago un pequeño agujero con una de mis palas de la caseta de surf y la hago tumbarse en el agujero. Empiezo a cubrir el cuerpo de Carmina con la arena. Poco a poco va mutando a San Jacobo entremezclado con croqueta.

La verdad es que está la mar de graciosa. Cuando acabo de cubrir su cuerpo por completo, voy en busca de las cosas que he cogido bajo el mar y coloco una concha a la altura de su sexo y un par de estrellas de mar, cada una de ellas como si cubriera un pezón.

Está la mar de mona, aunque no se va a poder mover ni para hacer la croqueta. Así que, cuando está lista y ya no puedo hacer nada más por ella, me despido con la mano y sonrío.

—Bueno, te prometí un color tostado y ya lo tienes.

—Pero así no vale, es arena.

—Nunca te dije que no lo fuera, te dije que te enseñaría el truco para parecer más bronceada, no dice que fuera en la piel. ¿Me das un abrazo? Ah, no, que no puedes.

—Eres lo peor. Te aseguro que esta noche vas a tener que dormir con un ojo abierto, porque voy a ir a por ti y te voy a meter cangrejos por toda la cama. Vas a ver lo que es sufrir, sino que te lo diga el dedo gordo del pie.

—Eres una chica mala.

—No lo sabes tú bien.

—Sabes, me gustan las chicas malas.

—Pues ni te imaginas la que tienes aquí delante y la vas a conocer, ya lo creo que sí.

Me río mientras camino en dirección al agua para refrescarme, realmente hace un calor abrasador y el agua fresca es como el bien máspreciado que podemos tener ahora mismo. Un delfín se acerca a mí y tomo su aleta para jugar con él un rato, mientras me pasea por parte del mar.

Doy un último vistazo a la playa y veo a Thomas y a Hernán besándose y sonrío al saber que después de todo, cuando algo se hace con amor, por el bien común, todo acaba saliendo a pedir de boca.

Ahora solo falta encontrarle una pareja a Esther, porque la verdad es que Carmina me gusta y la quiero para mí. Es el prototipo de mujer que me gusta y, aunque sea de manera camuflada, voy a ir a por ella y no la voy a dejarla escapar.

Cuando vuelvo a la orilla tras despedirme del delfín, Carmina ya se ha “descroquetado” y está más limpia que una patena, ni un grano de arena le queda en el cuerpo. Y está preciosa, parece una sirena recién salida del mar. Mi Venus del Nilo.

Cuando el sol va marchándose, los chicos se van a su cabaña y yo me voy a la mía. No creo que las chicas tarden mucho más en ir a la suya.

La verdad es que tengo que guardar todas las cosas que hemos utilizado, desinfectar las boquillas de las bombonas, poner a lavar los neoprenos, recoger las toallas y preparar toda la tienda para mañana, al igual que el bar.

Acabo de dejarlo todo listo y me doy una ducha en casa antes de hacerme algo de cenar. Me hago unos espaguetis. Sé que tomar hidratos de carbono por la noche no es nada bueno, pero trabajo duro y quemo al día más de tres platos de pasta, así que no hay problema.

Alguien golpea a la puerta y cuando abro, veo que es Carmina quien está en mi puerta. Sonrío a la espera de que me diga qué es lo que necesita.

—Jordi, ¿tienes huevos?

—No estoy seguro —me abro el pantalón y miro desde arriba. —Sí, pese a tus amenazas parece que aún los tengo.

—Tonto, no lo digo en ese sentido.

—En la vida, tengo muchos huevos, si es eso a lo que te refieres.

—Venga va, que tenemos hambre. Si no me das unos huevos, me como los tuyos.

—¡Carmina!

—Era una broma.

—Está bien, espera, que voy a buscarlos.

No tardo mucho en traer una bandeja con media docena de huevos. Espero que con seis tengan suficientes.

—¿Es suficiente?

—De sobra.

—Perfecto.

—Bueno, me voy.

—Espera un momento, tengo un regalo para ti.

—¿Qué es?

No le contesto, simplemente le coloco el collar que encontré bajo el mar. Lo mira asombrada y sonrío, esa era la intención.

—Espero que te guste, tiene cientos de años y hasta hace un rato estaba bajo el mar.

—Oh, no sabía que habías encontrado un collar.  
—Si lo hubieses sabido, ya no sería una sorpresa.  
—Lo sé. Muchas gracias por ambas cosas, Jordi.  
—De nada, Carmina —y la veo alejarse mientras acaricia el collar.  
Punto para Jordi.

## Capítulo 7



Los primeros días en la playa habían sido de lo más bonitos, ya notaba un cierto *feeling* con Jordi, aunque me parecía un hombre de lo más hermético y cerrado al amor.

Esther se había ido más temprano ya que tenía que ir a la ciudad a recoger unas cosas, así que me tomé un café y me fui directa para el bar, no quería hacer esperar a nadie e iba a estar sola un buen rato.

Entré directa a colocar todos los platos, con los vasos y los azucarillos, así iría más rápida. Encendí todo y sentí como que ya había un cliente en la barra, así que me giré para preguntarle que deseaba.

—Buenos días ¿Qué...? ¡¡¡No!!! ¿¿¿Qué haces aquí??? —Salí corriendo hacia fuera de la barra, era Ricardo aquel encantador señor que me acompañó en la primera parte del viaje de forma fortuita.

—Te engañé como hiciste con tu amiga —me abrazó fuerte.

—Pues me has sorprendido, eres el mejor regalo que podría tener hoy —le besaba la cara mientras no dejaba de abrazarlo.

—Llegué anoche, pero bien tarde pues hubo un problemilla de retraso del vuelo y aterrizamos de madrugada.

—¿Y por qué no me llamaste?

—Tenía mi cabaña esperándome —señaló hacia ellas—. La segunda amarilla es la mía.

—¿En serio?

—Claro, la reservé desde Bangkok.

—¿Cuántos días te quedas? —Entré dentro de la barra para ponerle un café y unas tostadas.

—Pues la verdad es que, como trabajo con el móvil y el portátil, no lo sé, pronto debo de volver a Bangkok, así que hasta entonces me parece que me voy a pegar unas merecidas vacaciones aquí. Prometo no molestar —levantó las manos.

—No molestas, por mi te puedes quedar a vivir, si ya hasta te tengo mucho cariño —dije con las manos bromista en tono amenazante mientras él sonreía.

En ese momento apareció Jordi, le presenté a Ricardo, además le había hablado de él, con lo que sonriendo le dio la mano con mucha euforia y felicidad.

Se pusieron a charlar mientras desayunaban y yo iba entrando en sus conversaciones mientras atendía a otros clientes.

No me lo podía creer, Ricardo aquí...

Para mi no era el poco tiempo que lo conocía, era lo bien que se portó conmigo en aquel mi primer vuelo y contacto con una ciudad totalmente desconocida para mí, además, si algo tenía claro es que él no buscaba conmigo algo más que una bonita amistad.

Poco después llegó Esther y cuando le dije quién era, lo abrazó más fuerte aún y se puso a

chillar emocionada moviendo los brazos muy rápido, como una niña pequeña.

—Gracias por cuidármela —le dijo ante la sonrisa de Jordi que los escuchaba sin dejar de sonreír.

—Nada, fue muy divertido, fue como cuidar de la hija que nunca tuve...

—Pues listo, te nombramos padre de las dos —señalé a mi amiga y a mí—. Nunca hemos tenido esa figura y te ha tocado, tenías todas las papeletas y te lo has buscado viniendo aquí —me encogí de hombros metiéndome en el papel y viendo como Jordi me escuchaba negando con la cabeza.

—Acepto sin duda, a partir de ahora os vais a enterar de lo que es tener un padre, os voy a tener a raya —bromeó con esa voz dulce.

—Pues muy bien papá, ya veremos si te hacemos caso o nos volvemos rebeldes —soltó Esther bromeando en tono amenaza.

—Con la suerte que tengo... —bromeó Ricardo haciendo un gesto cómplice a Jordi que reía de oírnos a las dos.

Ricardo me dijo que ese día iba a Sídney a comer con un amigo de su empresa, que hacía años que no coincidían, solo hablaban por la red y teléfono, así que tenía que aprovechar para hacerlo hoy ya que su amigo se iba de vacaciones al día siguiente.

## Capítulo 8 : JORDI



Ha sido un día duro y la verdad es que nos merecemos un descanso. Me preparo una cerveza y me siento en la mesa donde está también Carmina, no quiero molestar, aunque no creo que le importe.

—¿Puedo sentarme?

—Claro.

Me siento y dejo la caja de cerveza fría sobre la mesa antes de mirarla a los ojos. Cuando lo hago, siempre me quedo atrapado en ellos. Disimulo y me apoyo en el respaldo de la silla.

—¿Cómo ha ido el día?

—Cansada, pero estoy satisfecha con mi trabajo.

—Aquí todos los días son así, vamos de culo, hasta los topes, pero cuando acabas y ves esta hermosura de paisaje, se te pasa todo.

—Pues sí, es un lugar maravilloso, como también lo fue el día con la sorpresa de Ricardo.

—I com va el fet d'aguantar els mosquits? —y cómo va el hecho de aguantar mosquitos, le pregunto.

—Sabes que no me gusta que me hables en catalán, porque no lo entiendo.

—Está bien, ya paro. Escucha, tengo un regalo para ti.

—¿Ah sí? ¿Y qué es?

—Cierra los ojos.

Veo que los cierra y me acerco al interior del chiringuito a coger uno de los pulpos de la nevera que compré anoche, todavía está fresco, aunque muerto, bien muerto. Carmina sigue con los ojos cerrados, así que le coloco con cuidado el pulpo en la cabeza como si fuera un sombrero.

—¡Tachán! Este es el regalo por ser la empleada de la semana. Ya puedes abrir los ojos.

Los abre, me imagino que pensando que es un sombrero, pero cuando ve los tentáculos, que se han adueñado de su flequillo, pega un grito que se entera toda la isla y sale corriendo hacia el agua, tirándose de cabeza con la ropa puesta mientras yo me río sin poder evitarlo.

—¿A qué ha venido eso? Serás cabrón...

—Te la debía. Ahora te lo pensarás dos veces antes de pincharme tanto. Yo también puedo ser muy malo si quiero.

—Me las vas a pagar.

—Ya te las pago, a final de mes. Se llama nómina.

—Muy gracioso.

—Necesitas un socorrista o puedes salir sola del agua.

—Bueno, siempre puedes venir a salvarme y hacerme el boca a boca —me provoca.

—Ya te gustaría.

Cojo el pulpo para lavarlo bien y devolverlo a la cocina, que se ha llenado un poco de arena al caer al suelo cuando Carmina ha salido corriendo hacia el agua del mar para deshacerse de él, con

lo bonito que es.

La veo salir del agua con cara de pocos amigos y secarse con una de nuestras toallas, solo para el personal. Vuelve entonces a donde me encuentro, a la mesa donde acabo de sentarme para acabar mi cerveza antes de que se me caliente.

Esther llega entonces y se sienta también en la mesa a la vez que Carmina. Miro a mi empleada, la que acaba de llegar, y le sonrío. Se ha convertido en una de mis mejores amigas aquí, en este paraje paradisíaco.

—Estás preciosa hoy, Esther, ¿qué te has hecho en el pelo?

—Pues supongo que recogérmelo con una cola, como el resto de los días.

—Pues hoy tiene un brillo especial.

—Es que he usado el champú de Nenuco de Carmina —se rió.

—¡Esther! —y alguien me da una patada por debajo de la mesa.

—Auch.

—Perdona, Jordi, pensé que era la pierna de Esther.

—Esto se considera maltrato a tu jefe, eh. Voy a tener que ponerte una sanción o penalización de sueldo.

—No serás capaz.

—No, porque soy buena gente, que si no...

—¿Bueno tú? No me hagas reír.

No contesto, simplemente sonrío poniendo los ojos en blanco. ¿Sabéis lo que he pensado? Hace tiempo que no nos tomamos dos, y no un día de vacaciones y creo que es hora de que nos demos un respiro. Puedo cambiar reservas y podemos permitirnos económicamente perder un día.

Cuando veo a mis chicos y chicas muy agobiados, nos los tomamos y arreando. Que la vida son dos días y hay que disfrutar, que después llegas a la caja de pino y te arrepientes de todo lo que no pudiste hacer.

Me pongo a hablar de una manera cariñosa con Esther, más de lo que hago habitualmente, arrancándole sonrisas cómplices y miradas cargadas de energía, algo que a Carmina parece encelarlo, cosa que me encanta.

Carmina carraspea para que le prestemos atención y yo oculto una sonrisa. Es más que probable que Esther se haya dado cuenta de mis intenciones, pero me ha seguido el juego, me imagino que para pinchar un poco a su amiga.

Me gusta bastante, sino no perdería el tiempo en hacerla rabiar, simplemente me causaría indiferencia, pero ella me gusta, y mucho. Es demasiado pronto, la conozco desde hace solo unos días y no quiero parecer desesperado.

Como siempre digo, hay que ir despacio si es que queremos tener algo. Al llegar aquí solo me interesaban mis negocios y mi futuro, no tenía ni tiempo ni lugar para el amor, pero ahora que tengo todo lo que quería, ¿quién sabe?

Miro a Carmina, que ha llamado la atención para que la miremos y es entonces cuando sale su vena ácida, o así la llamo yo y sonrío antes de soltar su veneno viperino.

—Deberíais ir a un hotel, porque la verdad es que aquí, haciéndoos carantoñas, me producís hasta ganas de vomitar bilis.

—No digas tonterías, Carmina, somos amigos desde hace más de un año y nos llevamos muy bien, somos cómplices, nada más —responde Esther.

—Pues no es eso lo que yo he visto —contesta medio ofendida.

—Yo creo que ves películas a lo Diario de Noa donde no las hay.

—Ya... —contesta Carmina, aunque no se cree nada de lo que le dijo su amiga.

Se levanta de la mesa, al igual que Esther y ambas se van a acabar su descanso en la cabaña rosa, lejos de mí. De verdad, a veces no entiendo a las mujeres. ¿Alguien me puede facilitar un manual, por favor?

## Capítulo 9



Estaba de malhumor esa mañana, las bromitas entre Jordi y mi amiga no me habían hecho gracia, no se trataba de celos, ¿o sí?

Salí hacia la cocina y Esther me miró levantando la ceja.

—¿Aún sigues enfadada por la broma? —aguantó la risa.

—Te den...

—Buenos días, ¿eh?

—¿Y mi café? —Me senté ignorando su indirecta.

—¿Quieres que también te abanique?

—Claro y que te calles un poquito...

—Uy, pues si que tienes mala leche en ese cuerpo...

—Café... —repetí para que me lo pusiera de una vez.

—No soy tu criada, pero como te quiero, te lo voy a poner.

—Yo tampoco soy santa paciencia —sonreí con ironía para que se callara de una vez por todas.

Ella me conocía y sabía que cuando algo me dolía me duraba un buen rato, así que esperaba que me diera mi tiempo y no me tocara mucho las narices, lo del día anterior lo llevaba como una lanza en mi pecho y me dolía recordarlo.

Tras el desayuno nos fuimos al restaurante y al poco apareció Ricardo.

—¡¡¡Opaito!!! —gritó la puñetera de mi amiga.

—Hola, mis niñas ¿Qué tal amanecieron?

—Pues unas mejor que otras —solté con retintín y Ricardo lo pilló a la primera.

—No quiero enfado entre mis hijas adoptivas —bromeó mirándonos mientras levantaba la ceja —. Por cierto, en Bangkok os compré un detallito —nos pulso una bolsita de la firma Pandora para cada una.

—Joder papi, te amo hasta el infinito y más allá —soltó con descaro Esther y la miré negando, queriendo matarla.

—Espero que os gusten...

—No debiste meterte en esto, con la visita era suficiente —sonreí apenada.

—Por mis hijas lo que sea, no tengo a más quién regalarle —me hizo un guiño.

—Joder una pulsera con todos los *charms* nuevos ¡Muero! —gritó eufórica Esther.

Miré a Ricardo negando y sosteniendo la mía sobre mi mano, era una preciosidad, pero me dolía que se hubiera gastado aquel pastón en nosotras. No era necesario, pero él, erre que erre que le había nacido hacerlo y le hacía mucha ilusión.

Yo seguía en un tira y afloja con mi amiga, me contuve más por Ricardo que no quería que estuviera incómodo entre nosotras así.

—¿Qué tal ayer en la ciudad?

—Muy bien, pero llegué muy tarde así que llevo dos días que no paro, hoy me lo tomaré de relax, quiero darme unos buenos baños y descansar todo lo que pueda.

—Haces bien —miré la pulsera sobre mi mano, era toda una joya, me encantaba e iba a ser muy cuidada como el mayor de mis regalos.

Le puse el desayuno a Ricardo y en ese momento llegó Jordi que se sentó con él, a otro que ignoré, no le pensaba hablar, no me daba la gana.

Ricardo se dio cuenta que ese día iba yo en contra de todos menos de él, me miraba de forma confidente como diciendo que, tranquila. Jordi buscaba un gesto en mí de simpatía, pero no, no me daba la real gana.

Tras el desayuno Ricardo se fue a ordenar un poco su cabaña y quedó en venir a la hora de la comida, el cocinero iba a preparar una paella gigante, a lo español, en Australia, me tuve que reír.

Jordi se quedó un poco...

—¿Podemos hablar?

—¿Es de trabajo? —pregunté con esa bordería que me caracterizaba cuando estaba de mal humor.

—No, no es de trabajo es de lo de ayer...

—Pues entonces, ¡arreando, que es gerundio! —solté mientras me iba a atender una de las mesas exteriores.

—Fue divertido —dijo cuando pasé por su lado.

—Todo es divertido, siempre y cuando le ocurra a otra persona... —seguí mi camino.

—Pero...

Ni, pero, ni nada, ni caso, me fui directa a atender y cuando volví ya se estaba marchando.

—Luego vengo a comer la paella y espero que hablemos —me hizo un guiño.

—No soy psicóloga ¡Búscate a otra!

Esther se acercó a mí y me pidió, por favor, que olvidara la broma del día anterior, que le sabía está mal conmigo, que yo la ignorara también y que Jordi tampoco se lo merecía. Ni caso, seguí a mi bola y la hice sentir que hablaba con un muro, si ella estuvo graciosa el día anterior, ahora me tocaba a mí...

Miré hacia mi muñeca y me encantaba ver aquella pulsera llena de abalorios colgando, era una monada, creo que es lo más caro que tuve en mi vida, de todas formas, el valor era sentimental por el gran detalle que había tenido, así que sería uno de esos tesoros que cuidaría para siempre.

Esther se llevó toda la mañana soltando perlititas por su boca, pero no había mejor desprecio que no hacer aprecio.

Casi a las dos de la tarde la paella se podía oler en todo el chiringuito, Ricardo apareció haciendo el gesto de que olía genial y tras él, Jordi. Los dos se sentaron en la barra donde les puse sus platos y Esther trajo el mío y el de ella.

Jordi me miraba con cara de querer firmar la pipa de la paz y yo, yo pasaba de su culo y del de su preciosa mejor amiga Esther, así que solo cruzaba palabras con Ricardo, a él le debía todo mi cariño y respeto.

Thomás hizo la paella gigante, ni por esa quedó ni un grano de arroz, para ser australiano tenía una mano en lo internacional que valía oro.

Ricardo se fue a descansar tras un café después de la comida y Jordi se quedó un poco más mientras yo recogía.

—Me gustaría invitarte esta noche a mi cabaña a cenar...

—Y a mi me gustaría que me tocara la primitiva —solté con chulería.

—Ya... Pero lo mío es más normal...

—¿Tú normal? ¡Ja!

—No seas orgullosa, no te pega.

—Lo que no me pega es cenar con alguien tan cómico como tú —usé esa palabra ya que decirle payaso, era ya un poco fuertecito, pero vamos que ganas no me faltaban.

—¿Y si te pido mis más sinceras disculpas?

—¿De rodilla?

—¡Hecho! —No me dio tiempo a decirle que no, cuando ya lo tenía hincado en el suelo, menos mal que era de arena...

—Va, levántate —me tuve que reír y hasta Esther me miró negando y sonriendo.

—Me levanto si aceptas la cena.

—Siempre que me jures que no me pondrás un dedo encima —dije aun a sabiendas que no me importaría lo más mínimo que lo hiciera.

—Palabra de hombre —besó su mano.

—Bueno eso lo tendría yo que ver... —respondí con segundas.

Se puso muy contento por haber aceptado y quedé que, por la noche, tras la salida del restaurante iría a ducharme y luego lo vería en su cabaña.

El resto del día lo pasé aguantando las bromitas de Esther y ya me comencé a relajar con ella, no quería seguir en esa actitud. En el fondo la quería demasiado.

Hasta que llegó el momento, fui a ducharme y entre nervios caminé hasta su cabaña...

## Capítulo 10: JORDI



Lo tengo todo preparado. Me he puesto un traje, el único que tengo en mi reducido armario, donde solo tiene cabida ropa de playa y estoy algo nervioso. No es que no haya cenado nunca con una mujer, pero quizá hace ya demasiado tiempo que no ceno con una que me interese de verdad, aunque no se lo voy a poner fácil, primero tiene que relajarse y dejar de picarme o me va a conocer de verdad.

Entramos en la sala principal y ve que he decorado la mesa incluso con velas y pétalos de rosa. Quiero que se lleve un buen recuerdo y eso voy a tratar a lo largo de la noche.

—Me gusta tu cabaña, Jorge, es bien hermosa.

—No es Jorge, es Jordi. Repite conmigo. J-O-R-D-I

—Jordi —pero pronuncia la jota como jota y no como i.

—Vamos a ver. Tienes que pronunciar la jota inicial como si fuera una i.

—Entonces ¿por qué no te llamas Iordi?

—Porque no va así la cosa. Se pronuncia como i, pero se escribe como j, ¿estamos?

—Yo solo estoy confundida, no sé si ambos lo estamos —y sé que se está burlando y eso me pone de los nervios, rabioso.

—Lo que tú digas —trato de finalizar la conversación.

—¿No huele a quemado? —ni siquiera le había prestado atención y ahora que lo hago es cierto. La lubina al horno, mierda.

Cuando abro el horno y saco la bandeja son las piedras negras incomibles.

Genial... Abro la nevera y veo que tengo un par de solomillos, que serviré con unas patatas fritas para acompañarlos.

Si es que cuando los problemas vienen a pares, lo mejor que se puede hacer es plantarles cara, no intentar esquivarlos. Carmina se acerca a la cocina, donde tengo el extractor al máximo para que se vaya el humo y ya he perfumado con el ambientador.

Me pongo a cortar patatas y ella se acerca por la espalda ofreciéndome su ayuda.

Me seco con el dorso de la mano el sudor y echo para atrás el pelo, que cubre mis ojos. Veo que traga sonoramente y asiento con la cabeza.

Le doy un par de patatas y un cuchillo para que las pele y corte para freírlas mientras me humedezco los labios de la manera más sexy que soy capaz de reproducir. No soy muy dado a esto, normalmente vienen las chicas, no tengo que hacer nada.

Nunca me ha interesado ir detrás de nadie. Si les intereso, que me lo hagan saber claro, que no tengo una bolita de cristal que me informa de las cosas o con la que ver el futuro.

He hecho la primera tanda de patatas con las que yo había cortado, serán para mí, ya que estarán más frías que las de la tanda de Carmina y no quiero que su comida esté fría. ¿Qué clase de anfitrión de mierda sería si lo hiciera?

Aprovecho para hacer la carne y marcarla al punto, no quiero más piedras negras, esta vez vamos a hacer las cosas bien. No tardé mucho en llegar con las patatas cortadas y tira la piel antes de acercarse a mí para entregarme el bol.

Cuando se lo cojo de entre los dedos, los rozo con los míos despacio, de manera intencionada, para ver cómo reacciona, y veo que se muerde el labio inferior sin ni siquiera haberse dado cuenta, ¿o quizá sí?

Eso me vuelve loco, pero me contengo, no quiero que se piense que voy a rendirme a sus pies tan fácilmente. Me giro y hago las patatas mientras ella se acerca a la mesa y le pido que sirva ya el vino.

—Por cierto, estás muy guapo —me dice mientras sirve el vino.

—Tu també estàs molt bonica —le digo que ella también está muy bonita, pero en catalán, que sé que le da rabia y me encanta ponerla histérica, me vuelve loco.

—No entiendo el idioma elfo y lo sabes.

—No es elfo, es catalán.

—Pues catalán. Háblame en español, por favor.

—M'ho pensaré —me lo pensaré, le digo.

—Eres odioso.

—Pensé que era sabroso. Me lo voy a tener que hacer mirar.

—Pues míratelo, sí.

—Bueno, aquí llega el plato improvisado no churrascado de hoy. Solomillo con patatas fritas.

—Tiene muy buena pinta.

—Moltes gràcies, preciosa —y me aguanto la risa.

—Al final te voy a estampar el solomillo en la cabeza y entonces sí que vas a parecer catalán con una barretina casera.

—Bueno, haya paz. ¿Cenamos?

—Sí, que sino se va a enfriar.

Retiro su silla como un caballero y cuando se sienta, lo hago yo en la mía.

Tomo la copa de vino tinto y lo oxígeno un poco sin soltar la mirada de la de Carmina, que me ha atrapado irremediablemente.

—¿Brindamos?

—Claro, ¿por qué?

—Por esta noche, por esta cena, por ti, por mí y por ese vestido que te has puesto, que reviviría hasta a un muerto —la veo reír mientras asiente y golpea suavemente mi copa antes de que los dos le demos un sorbo.

Me miro disimuladamente y veo mis pantalones y mi camiseta blanca de lino. Parezco salido de una fiesta ibicenca, pero es que yo traje de pingüino aquí no les veo la parte práctica la verdad y como no suelo ir a fiestas de pijos, pues paso de gastar dinero a lo tonto.

A mí lo de las etiquetas no me va, las únicas etiquetas que conozco son las de mis calzoncillos, que parecen la Biblia, y cómo molestan las jodidas, me dejan el ojete escocido.

Carmina corta un pedazo de solomillo y se lo mete en la boca de una manera que debería ser prohibida, me ha calentado hasta el alma. Trato de serenarme y me como un par de patatas para disimular.

—¿Qué te parece mi paraíso, Carmina?

—Pues está bien, pero no es tú paraíso, es de todos, tú solo lo has remodelado, siempre estuvo

aquí, no te des tantos méritos.

—En realidad, sí que es mía, compré esta parte de la playa cuando las cosas empezaron a irme bien, así que puedo decir que sí que es un pedazo de mi paraíso.

—Bueno, en ese caso, creo que es hermoso.

—¿Te quedarías aquí a vivir siempre con estas maravillosas vistas?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De con quién me quedara y de los alicientes que tuviera para hacerlo. Por ejemplo, un aumento de sueldo sería una motivación muy interesante.

—¡Pero si acabas de llegar!

—Pero lo valgo y creo que lo sabes.

—Pequeña, necesitas demostrarme mucho más para que eso ocurra.

—No te preocupes, jefe, que tengo muchos atributos que estoy dispuesta a mostrarte para conseguir lo que quiero.

—Seguimos hablando del trabajo y el sueldo, ¿verdad?

—Claro, ¿de qué íbamos a hablar si no?

—Vale, vale.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Cómo fue levantar todo esto de la noche a la mañana. ¿Cómo te metiste en este embolado?

—Pues la verdad es que me vine con cuatro cosas, poco dinero y muchos sueños. Cuando me sugirieron que visitara esta isla, jamás me imaginé que me enamoraría de ella de la manera en la que lo hice.

—Así que solo te enamoras de islas. ¿Te ponen las rocas en medio del mar? —me pongo a reír sin poder evitarlo y me atraganto con el vino tosiendo sonoramente.

Carmina se levanta alarmada y me hace levantarme para rodear mi cintura con sus brazos y hacerme la técnica de Heimlich, aunque le niego con la cabeza, porque no es que algo se me haya atascado, sino que el vino se me ha ido por el otro lado, ese lado que la gente dice que está, pero que no existe.

Vuelvo a sentarme y bebo un poco de agua para que acabe de pasármese la sensación de falta de oxígeno. Ahora más tranquilos, devoramos las patatas. A ambos nos queda todavía la mitad del solomillo, que está de muerte.

—¿Estás bien?

—Sí, ya perfectamente. Bueno, te sigo contando. Conseguí los permisos y con el poco dinero que me quedaba compré los materiales y construí todo lo que ves hoy con estas dos manitas —las alzo y muevo, enseñándoselas.

—Uau.

—Pareces un perro ladrando.

—¡Qué tonto eres! —dice riendo. —Y ¿qué pasó después?.

—Empecé a captar a gente para conseguir clientes, hacer ofertas, contratar personal y cuando vi que la cosa iba bien y que generaba bastantes beneficios, compre esta parte de la isla. Si alguien quiere estar aquí o bañarse y no es uno de mis clientes, puedo echarlo o alquilarle una zona.

—Nunca he conocido a nadie que tuviese un pedazo de isla.

—Es minúsculo, pero estoy orgulloso de que todo mi esfuerzo me ha reportado tanta felicidad y

me ha dado sus frutos.

—Claro, es normal.

No decimos nada más, simplemente nos acabamos la carne y el vino. Nos hemos acabado la botella de vino entera en un abrir y cerrar de ojos y, aunque no vamos borrachos, vamos un poco contentos, ambos.

—Me ha gustado mucho la cena. Eres un buen chef.

—Eso es porque no has probado mi pescado.

—Hombre, no me va la comida carbonizada —rie sin poder evitarlo.

—Me refiero al punto.

—Bueno, entonces ya tenemos otra excusa para cenar de nuevo, ¿no?

—Por supuesto, eso está hecho, pero ahora te voy a llevar a casa, que te veo caminando hacia la cocina a dejar los platos y parece que estás bailando el Aserejé.

Ella asiente sonriendo y le cedo mi brazo para que me lo tome y caminemos por la orilla de la playa. Nos sentamos un momento frente a ella y vemos de fondo a los delfines saltando y cantando, disfrutando de su libertad.

—Sabes, yo antes no me sentía libre, era un delfín en un zoo, pero desde que llegué a Isla Cocos, me siento libre, como esos delfines, por eso me quedé y no me voy a marchar de aquí. Quiero acabar mi vida en esta playa. Me entiendes, ¿no?

—Perfectamente.

—¿Vamos a dormir?

—Sí, vamos a dormir.

La tomo de la mano y nos levantamos para caminar hacia la cabaña de madera rosa. Nos quedamos un momento en la puerta y nos miramos a los ojos sin decirnos nada. Coloco un mechón de su pelo, que se ha salido con la brisa, nuevamente tras su oreja.

—Buenas noches, Carmina.

—Buenas noches, Jordi —y es entonces cuando miro sus labios, que me muero por besar, pero no me precipitaré, las cosas de palacio van despacio.

Me marchó a mi caseta con muy buen sabor de boca porque tengo la sensación de que esto ha sido el principio de algo que puede ser muy hermoso, pero no nos lo vamos a fundir todo en un segundo por la impaciencia, prefiero ir despacio.

Me doy una ducha y friego los platos antes de lavarme los dientes y arreglo toda la casa. Mañana tenemos que seguir trabajando y debo tener las pilas al cien por cien, así que es hora de descansar.

Me meto en la cama y esta vez ni siquiera pongo la televisión. Estoy cansado y sé que en cuanto me tumbe y cierre los ojos voy a caer rendido en la inconsciencia. Y eso hago. Me tumbo, con el ventilador puesto frente a mí.

Cierro los ojos y solo dejo que mi cuerpo se relaje mientras rememoro lo ocurrido esta noche. La verdad es que ha sido de lo más interesante. Me encantaría volver a repetirlo, pero ahora a dormir.

Carmina es especial y puedo que mi corazón sea un tempano de hielo y en mi cabeza no entre la idea de enamorarme ni de salir con alguien, pero quizá con ella haya una excepción, porque realmente es muy especial.

## Capítulo 11



Con la misma sonrisa tonta que me acosté fue con la que me levanté...

Yo sentía algo fuerte por Jordi, eso era tan cierto como que estaba en Australia, y por mucho que lo quisiera negar, saltaba por sí solo.

La cena con él había sido algo simplemente espectacular, me lo hubiera comido de postre y lo habría custodiado hasta el desayuno para repetir como las natillas, pero debía comportarme. Si quería algo, que lo buscara.

Hubo un momento despedida en la puerta de la cabaña, que me hizo pensar que nuestros labios se unirían, pero no, debió ser un *lapsus* de esos que deseas y lo ves real.

Íbamos a tener dos días libres a partir de mañana, lo había decidido Jordi y así lo comunicó, al final dejaría a un chico solo poniendo bebidas y cafés, pero nosotros estaríamos libres, así que, trabajaba hoy para luego tirarme dos días a mi bola. La verdad es que me apetecía ya que fue poner el pie en esta playa y ponerme a trabajar, ni tiempo tuve de tener esa adaptación que se necesita en este tipo de viajes.

Esther no estaba en la cabaña así que pasé de preparar el café y me fui al chiringuito, allí me lo tomaría con Ricardo, pues estaba segura de que sería el primero en llegar y así fue.

—Hola, preciosa —pellizco con cariño mi mejilla.

—Hola, “opaito” —imité a Esther, que ya estaba ahí mirándome sonriente.

—Estás de mejor humor que ayer, me alegra verte así —levantó la ceja sonriente para que le contase.

—Sí, me concilié con el mundo, a ver cuánto me dura... —reí.

—Pues espero que bastante, yo ayer descansé y ya estoy como nuevo. Mañana me voy a pasar el día a un *resort* que hay competición de *golf* y eso no me lo pierdo.

—Estupendo —sonreí al verlo feliz.

Jordi apareció con una sonrisa de oreja a oreja y me hizo un guiño mientras apretaba el hombro de Ricardo, a modo de saludo.

Esther apareció y me hizo señas para que le hiciera un café, a modo de súplica y con cara de niña buena implorando su chute de cafeína.

Preparé a todos el desayuno, incluida yo, así que, mientras no llegaban los primeros clientes, desayunamos entre charlas, risas y miradas cómplices entre Jordi y yo.

Ricardo pidió que prepararan una mariscada para todos a mediodía, que él invitaba, además pidió de lo mejor, ese día habían traído un buen material. Quedamos en que cuando se fueran los clientes comeríamos nosotros relajadamente y luego nos daríamos un baño en el mar. Pasaríamos la tarde juntos hasta la hora del siguiente turno.

La mañana fue un ir y venir de gente a por sus bebidas o algún bocadillo de los que hacía Thomas y que tenían un éxito increíble. La verdad es que estaban muy buenos.

Llegó la hora de la comida y preparamos una mesa que parecía la de los comensales de una boda. Qué barbaridad, las dos bandejas de mariscos que nos comimos, casi nada, además todo bien fresco y con un sabor que te hacía gemir de placer con cada pedazo que ingerías.

Jordi no paraba de buscarme la lengua y me preguntaba en voz baja, si con todo gemía así, y yo descarada le contesté que si quería comprobarlo.

—No eres capaz... —me retó.

—Esta noche estoy en tu cabaña...

—¿Y debo creerte?

—No soy tan princesa como crees —murmuré con disimulo para que no nos escucharan.

—Tendré que comprobarlo...

—Sobre las once.

—Te esperaré.

Seguí comiendo y disimulando por la conversación, corta y tentativa que habíamos tenido, pero de que iba, iba. No me iba a perder el pasar un rato frenético con aquel hombre que me tenía con las ganas en nivel magistral.

Ricardo nos contó un poco de su vida, yo ya sabía algo de lo que contó, pero escucharlo era toda una lección en muchos sentidos y me gustaba con el cariño que hablaba de todo. Ese hombre no conocía el rencor ni el odio, vivía en un estado de paz que era difícil de romper.

Nos bebimos una botella de un vino importado que era una delicia, pero pronto me subió a la cabeza, así que lo único que consiguió espabalarme fue un buen baño en el mar.

Jordi no paraba de mirarme por el rabillo del ojo, sabía que estaba viendo mi cuerpo tapado con ese bikini, pero se le notaba que le gustaba, no dejaba de hacerlo y a mi me hacía sentir de lo más coqueta, a nadie le amarga atraer y menos si es a un hombre como él.

Porque Esther y Ricardo estaban con nosotros, de lo contrario, creo que en ese momento hubiéramos hecho un apaño ahí, yo al menos tenía una tensión sexual hacia él, que parecía que iba a explotar.

Después de un rato en el mar salimos a tomar un poco el sol y Jordi soltaba muchas indirectas que no sabía si Ricardo y Esther las entendían, pero yo las comprendía a la perfección.

Creo que se pensaba que lo de ir por la noche a su cabaña era broma o que me iba a rajar, pero no, ni que se lo pensara, iría dispuesta a intentar disfrutar de un momento deseado junto a él y para eso no había frenos que pararan a mi cuerpo.

A la hora de trabajar Ricardo se despidió para irse a la cabaña a relajarse un rato, Jordi se fue para su club de *surf* recordándome la cita ¡Cómo si se me fuera a olvidar...!

Esther se reía cuando le conté lo ocurrido y que iba a ir, entonces fue cuando me soltó algo que me dejó haciendo un “ahhh”, de esos que te dejan en *shock* por lo que te dicen.

—Me gusta Ricardo...

—Ahhh... —Me puse las manos en la cara.

—Sabes que me gustan mayorcitos —arrugó su cara.

—Sí, pero pensé que era algo fraternal como lo que yo siento por él.

—Pues mira él será tu “opaito” y yo tu “omaita” —bromeó.

—Pero... ¿Te dijo algo?

—Esta noche voy a cenar con él...

—¡No!

—Sí —reía—. Y mañana nos iremos a pasar el día por ahí.

—No me lo puedo creer... —dije incrédula.

No, eso de imaginar a mi amiga con Ricardo me dejaba en *shock*, era como que no entraba en mi cabeza, como si todo fuera una de sus bromas, pero conociéndola sabía que me lo había dicho muy en serio.

Se me hizo el turno lento, estaba deseando que llegara la hora de ir a ducharme y para su cabaña, fue hasta entonces que los minutos parecieron horas, pero al final todo llega...

## Capítulo 12: JORDI



Estoy algo nervioso, no esperaba que viniera, pero aquí está y eso me pone todavía más taquicárdico. Me sudan las manos y las seco en los pantalones antes de levantarme y abrirle la puerta.

Está más que preciosa, parece una reina y a mí me encantaría ponerme de rodillas, pero no lo haré por supuesto, eso sería un gesto de sumisión y yo no soy sumiso de nadie. Sonríó ladino y me aclaró la garganta.

—Pensé que no vendrías.

—No debiste dudar, yo nunca fallo. Siempre cumplo mis promesas.

—Me alegro escuchar eso. Pasa.

Entramos ambos y nos sentamos en el sofá. He preparado unos cócteles para entrar en calor. Le he hecho a ella el que le gusta para que luego no tengo alguna excusa para soltarme una pullita.

Yo me he preparado un cóctel de coco, pues adoro el coco desde que llegué a esta isla que lleva su nombre.

—¿Te gusta el cóctel?

—Me gustas más tú, pero no está mal.

—Me alegro por ambas cosas.

Nos tomamos un trago fresco y yo retengo entre mis dientes un pedazo de hielo al ver cómo una gota de sudor, por el calor sofocante que hace, recorre el cuello desnudo de Carmina.

Le retiro el pelo de este sin dejar de mirarla a los ojos y acerco mis labios a él antes de pasar el hielo lentamente por su piel, creando un camino de frescura por donde estoy esperando pasear mi lengua.

Su mano tiembla y la copa acaba por derramarse en su falta. Sonríó con el hielo todavía en la boca y me yergo para dejarlo nuevamente en la copa. La tentación se ha puesto sobre la mesa, ahora es hora de decidir si caer o aguantar.

Veó que se pone de pie sonriendo y se saca el vestido por la cabeza, quedando en ropa interior, con un conjunto de lo más sexy. Se trata de una braguita de encaje color burdeos, al igual que el sostén, también de la misma tela y color.

Se me hace la boca agua y ya me la imagino sobre mi cama, completamente desnuda, mientras la degusto de la cabeza a los pies como si fuera mi bien máspreciado. Es jodidamente perfecta.

Me quito yo también la camiseta, dejándome el pantalón para disimular la hinchazón que ha aparecido entre mis piernas. La veo cómo se contonea como si estuviera bailando para mí y eso todavía me pone más cardíaco.

Tiene un cuerpo de infarto, una cintura de avispa, un culo para parar el corazón, unos pechos para babear y una sonrisa que me muero por marcar con mis besos.

Se sienta de nuevo, pero esta vez sobre mis piernas, cara a cara, cuando acaba de hacer su

show privado particular, ese que me ha dejado hasta la boca seca. Me ha dejado sin aliento.

Atrapo sus manos a la espalda y beso esos labios cuando ya no puedo frenar más mis ganas de ella. Es tan jodidamente sexy que no sé si voy a poder frenar mis ganas de hacerla mía.

La tomo del trasero y ella rodea mi cintura con las piernas antes de hacer lo mismo con su cuello. Sigo besándola mientras camino con ella en brazos hacia mi cama. No tardo mucho en llegar, la casa es pequeña, pero cuando lo hago, la tumbo en el colchón y me tumbo sobre ella.

La deseo muchísimo y quiero que note lo mucho que quiero hacerla gozar y gozar yo con ella. Me quito los pantalones y los bóxer antes de quitarle la ropa interior, esa que me ha hecho ponerme como una piedra mientras me bailaba.

Pongo algo de música ambiente. Estas paredes son de plástico y no quiero que Esther o alguna otra persona escuche nuestra hora de pasión. De pronto se escucha uno de los temas más famosos de The Weeknd; Earned It.

Humedezco mis labios antes de colocarme sobre su cuerpo y pasar mi lengua por sus labios, resiguiendo el contorno, hasta bajar por su barbilla hasta sus pechos. Los amaso mientras los degusto. Sabe deliciosa. Estoy seguro de que se ha echado crema hidratante de coco, porque a eso sabe su piel, y lo ha hecho consciente, porque sabe lo que me enloquece el coco.

Sus jadeos se convierten en gemidos cuando muerdo sus pezones antes de seguir succionándolos y mis manos pasan de estos a las suyas, entrelazando nuestros dedos. Puede que ella esté disfrutando, pero lo que no sabe es que yo lo estoy disfrutando el doble.

Cuando les doy algo de tregua, porque están más que duros y sonrojados después de tantas atenciones, prosigo el camino de mi lengua, pasando entre estos bajando por su vientre hasta llegar a su ombligo.

Mi lengua forma círculos que lo cercan y resiguen, mientras su cintura y sus caderas se mueve, temblando de placer. No veo el momento de entrar dentro de ella. Solo de pensar lo caliente, apretada y húmeda que estará creo que voy a explotar.

Estoy tan excitado y duro que me duele, pero no quiero ir demasiado rápido, no quiero parecer desesperado, no sé si esto va a volver a repetirse, así que quiero disfrutar de cada momento y grabarlo en la memoria.

Mi lengua sigue bajando y esta vez acaricia el inicio de su triángulo de placer, ese que con tanta devoción quiero profanar, primero con mi lengua y después con todo lo que venga.

Coloco sus piernas en mis hombros abriéndola lo más que puedo para tener mejor acceso. Me deleito con el bufet que tengo delante y la disfruto como no he hecho con nadie en muchísimo tiempo.

Sus manos se convierten en puños que atrapan las sábanas mientras mi lengua abre su fresa y degusto sus jugos. Joder, esto es el paraíso, mejor que cualquier cóctel que haya probado jamás y quiero beber este brebaje siempre.

Y entonces ocurre, explosiona entre mis labios y los sabores se me entremezclan en mi boca, esos sabores que los degusto con ganas hasta que, ella limpia y yo saciado, me levanto y me coloco a su lado. Ahora es su turno, quiero que me demuestre qué es capaz de hacer.

Veó como se coloca encima de mí y me besa como una verdadera tigresa mientras sus manos se me clavan en el pecho. Muerdo su labio inferior y eso la enloquece todavía más, haciendo que gima de placer.

Parece una gatita salvaje, y cuando se arrodilla en la parte inferior de la cama tiemblo al completo, sé lo que viene y con lo cachondo que estoy no sé si voy a poder aguantar y no quiero que piense que soy un tío demasiado rápido.

Cuando siento sus labios alrededor de mi miembro, siento que estoy cayendo en el precipicio de felicidad. Gruño de placer mientras veo como disfruta y enloquece de deseo, aunque no tanto como yo, que estoy al borde del éxtasis.

La freno cuando estoy a punto de correrme, la hago parar. Quiero entrar dentro de ella y si acabo ahora no voy a poder hacerlo. La tumbo nuevamente en la cama y acaricio su interior con mis dedos para lubricarla mientras con la otra mano pellizco su clítoris.

Sus gritos se escuchan por doquier. Y mis jadeos se entremezclan en esa vorágine de lujuria cuando entro en ella despacio, que ya está más que dispuesta para mí. Entrelazamos nuestras manos de nuevo y en este momento solo existimos ella y yo.

No quiero que esto sea algo frío, quiero que sienta que es especial, no una más de la lista, así que trato de que se sienta a gusto, cómoda, mientras disfrutamos del baile de amor más antiguo.

Sus pezones se friegan contra mi pecho y esa simple fricción me hace enloquecer, haciendo que mi ritmo aumente por momentos mientras sus uñas se clavan en mi espalda. Joder, es una verdadera diosa.

Coloco sus piernas hacia arriba para que me sienta más profundo y es entonces cuando se coge de los barrotes del cabezal de mi cama, que golpea la pared por el movimiento y grita por el placer que siente.

Si se llegara a hacer una idea de lo que a mí me pasa cuando estoy con ella, si al menos sintiera una pequeña parte de lo que siento en este momento, estoy seguro de que, con una leve caricia, se correría.

Yo intento pensar en cualquier cosa que me haga retrasar el momento para no fallarla, pero es difícil porque cada vez que entro dentro de su cuerpo, veo las estrellas.

Cambiamos de postura, y en un abrir y cerrar de ojos, la tengo frente a mí, a cuatro patas, con ese culo que me enloquece, resultón y expuesto para mí y paso mi lengua por el mismo muy despacio.

Quiero degustarlo, pero sobre todo lo hago porque necesito una pausa o me correré y esto me viene genial. Sus jadeos vuelven a inundar la sala y yo disfruto de este coco que me está volviendo loco.

Quiero partir este coco con mi martillo, pero me retendré un poco más, quiero que goce como no lo ha hecho con nadie en su vida. Trato de poner todo mi empeño para que no olvide lo que hoy ha ocurrido en estas cuatro paredes.

Cuando la tengo bien caliente, entro nuevamente en ella, esta vez mucho más rápido, que así es cuando aguanto más. Cuando lo hago lenta, la fricción con su estrecho conducto es lo que me hace enloquecer y no poder aguantarme.

—Más rápido Jordi, por favor.

—Sí, nena, tus deseos son órdenes para mí.

—Quiero que me tiemblen hasta las pestañas.

Sonrío ladino por su comentario y le pongo más empeño, lo que quiero es que ella se corra por el placer que le doy y cuando ya esté más que satisfecha, entonces podré hacerlo yo.

Acaricio su clítoris, fregándolo, mientras aumento la velocidad y su cuerpo tiembla mientras que sus manos se han convertido en puños. Juntos somos puro fuego, que ni el agua es capaz de apagar.

Y entonces ocurre, cuando pellizco su clítoris en una de las estocadas más fuertes, su cuerpo se convulsiona de una manera exagerada y grita mi nombre mientras se derrama por mi falo y por las

sábanas de mi cama.

Me siento satisfecho por haberla hecho gozar hasta el punto de explotar como lo ha hecho y la venero solo por ello. Es tan sumamente preciosa y su piel es tan suave que no puedo no quererla.

Mi ritmo aminora, que es como a mí me gusta y como me da más placer y solo necesito entrar en el unas seis veces para explotar como pocas veces he hecho en mi vida. Mi cuerpo responde a ella como nunca lo ha hecho con nadie y eso puede ser peligroso.

Nos tumbamos uno al lado del otro, jadeantes hasta que conseguimos recuperar nuestra respiración normal. Al hacerlo, ella espera paciente a que me dé una ducha para refrescarme y recomponerse.

Le insinúo que se duche conmigo, pero prefiere dejarlo para otra ocasión, está agotada, al igual que lo estoy yo. Al salir de la ducha, ella me toma el relevo y se la da. Me visto un con unos pantalones cortos de deporte y una camiseta de tirantes mientras la espero.

Le he dejado sobre la cama una camiseta ancha de las mías por si se la quiere poner para estar más cómoda en casa. Sale de la ducha y solo lleva la toalla puesto, y me dan ganas de arrancársela solo para contemplarla desnuda.

Se coloca las braguitas y la camiseta que le he dejado para que esté más cómoda y cuando se sugiero quedarse a dormir, acepta sorprendentemente.

Me tumbo en la cama y ella se acuesta recostando su cabeza en mi pecho y en este preciso instante siento que no sabía lo que era el paraíso hasta este mismo momento y que por fin estoy en casa.

## CAPÍTULO 13: JORDI



Tengo ganas de hacer un safari con Carmina. Sé que desde que está aquí apenas ha podido ver nada, o al menos si lo ha hecho no ha sido conmigo y quiero darle la sorpresa y que pasemos tiempo juntos.

Ella se levantó esa mañana y se fue hacia la cabaña rosa con su amiga a desayunar.

La idea es que ella conozca a los animales en cautiverio de la reserva que tenemos en Australia y, sobre todo que pueda tocar a aquellos que resulten inofensivos, sobre todo porque sé que le gustan los animales.

He hecho una mochila para hacer un picnic, con un montón de comida y una manta para tumbarnos, he hablado con el chico de la zona para que nos haga el tour en uno de sus 4x4 exclusivos.

Todo está preparado, solo hace falta que ella me diga que sí, porque si me dice que no o no le apetece todo se irá al garete y tendré que cancelarlo o irme solo y comerme entero el picnic.

Me pongo unas bermudas y una camiseta de tirantes, porque hace un calor sofocante y me encamino a la cabaña rosa, donde se encuentra Carmina, para invitarla a pasar el día conmigo.

No le voy a decir dónde vamos para que sea una sorpresa, tendrá que confiar en mí, solo le diré que quiero llevarla a un sitio mágico y que, si se fía de mí, que me acompañe. Después a cruzar los dedos.

Golpeo la puerta de las chicas con los nudillos y espero a que alguien me abra, a poder ser Carmina, ya que va con ella la cosa, pero parece que los astros no se han alineado para mí y me abre Esther.

—Hola preciosa, ¿está Carmina?

—No, ha ido a dar un paseo por la playa.

—Genial, gracias por la información.

—Anda que no estás enchochado ni nada, se te nota en la mirada.

—Anda, ponte gafas, que las necesitas.

—Sí, tu hazte el tonto, pero cuando dices su nombre te sale la sonrisilla y cuando la miras, te brilla la mirada como si tuvieras cientos de luciérnagas dentro de los ojos.

—Bueno, me gusta, ¿y qué?

—Nada, nada. Si a mí me parece maravilloso.

—Bien.

—¿Y qué tienes planeado?

—Quiero llevarla a hacer un safari, pero tú no sabes nada.

—No, soy una tumba.

—Así me gusta. Pasa una buena tarde.

—Lo mismo digo, jefe.

Me encamino a la playa para ver si la encuentro y no tardo mucho en hacerlo.

Corro hacia donde se encuentra con la mochila a la espalda y me coloco frente a ella con una sonrisa en los labios.

—Te estaba buscando.

—¿Ha pasado algo? —me pregunta inquieta.

—No, es solo que me preguntaba si te apetecería venirte conmigo a pasar la tarde.

—Vale, no tengo nada más que hacer —me guiña el ojo y yo asiento.

—Pues vamos entonces.

La tomo de la mano y nos subimos en la pequeña barca que tenemos hasta llegar al otro lado. No tardamos mucho en llegar en la otra orilla. Allí nos espera Dan, que nos va a llevar directos al safari, donde nos darán un 4x4 que yo llevaré a lo largo del recorrido.

No es la primera vez que lo hago, pero siempre lo he hecho solo o con amigos, nunca lo hice en una cita, porque esto es una cita, ¿verdad? Al menos mi intención es esa y espero que para Carmina también lo sea.

Nos dedicamos a escuchar música todo el camino y cuando llegamos a las puertas del safari, a Carmina casi se le desencaja la mandíbula. Parece que le ha gustado la sorpresa de hoy.

—¿Es en serio, Jordi?

—Es clar, carinyu, es clar.

—¿En español?

—Claro, cariño, claro.

—¿Y a qué esperamos? —me dice mientras corre a abrazarme para agradecerme la sorpresa.

—Esperamos a que llegue el 4x4 que nos va a llevar por el camino del safari.

—Ah vale —y dicho y hecho. Nada más cerrar la boca Carmina, llega el coche.

Me siento en el lugar del piloto, donde han dejado las llaves y un papel con las normas del viaje. Mi acompañante se sienta en el del copiloto y empieza a leerlas mientras que las puertas del centro se abren. Van lentas y son pesadas.

—Aquí dice que tenemos que seguir unas normas de seguridad. Primero, no podemos hacer fotografías porque pueden poner nerviosos a los animales, no podemos sacar manos o piernas fuera del vehículo en las zonas donde aparezca la señal, no se hacen responsables de los objetos perdidos y un montón de normas más que te iré leyendo a lo largo del viaje.

—Tranquila, léelas tú, me las sé de memoria, he venido muchas veces.

—¿Vienes aquí con todas tus citas?

—Nunca he traído aquí a una chica, eres la primera —la miro y sonrío mientras empezamos el viaje, ya que las puertas han acabado de abrirse.

Lo primero que vemos son los elefantes. Son preciosos y hay dos familias.

Uno de los grupos, tiene un pequeño nuevo miembro. A Carmina le encanta y no para de dar saltos emocionada por todo lo que ve, y eso que todavía no le he enseñado nada.

La siguiente fase estaba plagada de jirafas, que pasan por nuestro lado. Carmina extiende la mano tímidamente y acaricia la pierna de una de ellas.

Paro el coche y abro una de las bolsas que tenemos detrás de los asientos.

Saco un par de manzanas y se las doy a ella. No entiende nada y creo que se piensa que es para que se la coma y obviamente no tiene hambre. La hago salir de sus dudas.

—No es para que te las comas, sino para que se las des a la jirafa.

—Pero en las normas pone que no se le pueden dar de comer a los animales, aunque bueno, a veces te doy de comer a ti en el chiringuito.

—¡Oye!

—Perdón, era una broma.

—Está bien. Escucha, tengo el permiso del dueño, que es buen amigo mío. Sé a qué animales podemos alimentar y a cuáles no.

—Vale, me fío de ti.

Carmina extiende su mano con una manzana en esta y la jirafa agacha su cabeza para tomarla con la lengua. Cuando la manzana desaparece de la mano de Carmina, le entrego un pañuelo para que se la limpie, pues está llena de babas.

Es lo que tiene darle de comer a una jirafa, que siempre acabas con las manos plagadas de su saliva. A mí una de ellas me ha dado un lametón en la cara que me ha duchado para una semana.

Me conoce y, aunque parece imposible, las jirafas tienen mejoría y la conozco desde que era pequeña, es más, es mi pequeña Mía, así que me quiere un montón. Le doy una manzana, que era lo que realmente quería.

Carmina guarda la segunda manzana que le he dado para la siguiente fase, donde encontramos caballos. Mi acompañante alimenta a uno de ellos y acaricia su crin, pero no nos detenemos mucho en esta fase, porque al final se nos va a hacer de noche.

Nos dirigimos hasta la siguiente fase, la de los koalas. La verdad es que son animales preciosos, parecen peluches, pero todos sabemos cómo son. Se pasan el día durmiendo y apenas se ven en la zona, incluso aunque nos dejemos la vista mirando los árboles.

Y entonces pasamos a la zona de los canguros, es mi parte preferida. Paro el motor y cojo la mochila de la parte trasera del 4x4 para prepararlo todo bajo la sombra de algún árbol. Carmina me acompaña hacia la que he visto y me ayuda a colocar el mantel para sentarnos encima y preparar el pequeño picnic que he organizado.

—Gracias por esta maravillosa sorpresa, es como un sueño.

—No hay por qué darlas, te mereces disfrutar de estos lugares tan especiales que hay que visitar al menos una vez en la vida.

No decimos nada más, simplemente nos ponemos a degustar el pequeño pisco labis que he organizado dentro de la mochila. Lo disfrutamos mucho, sobre todo porque los canguros pasean a nuestro alrededor, algunos de ellos con pequeños en sus sacos.

—Sabes una cosa, estás preciosa aquí tumbada en la manta rodeada de naturaleza.

—Gracias, tú también estás de lo más apetecible.

—La verdad es que no quería comerme el picoteo que he preparado, quería comerte a ti, pero he hecho algo de comer por si la cosa no salía como quería.

—Jajaja, estás loco, pero la verdad es que me encantaría hincarte el diente ahora mismo.

Tiro los tupperts a un lado y la tomo de la cintura para acercarla a mí y poder besarla con todas las ganas que tengo contenidas. Ella responde a mi beso y se deshace de mi ropa en menos de un santiamén.

No es como la primera vez en la que lo hicimos la noche anterior, ya existió el momento dulce, donde el deseo pasaba a un segundo plato y primaba la ternura y quizá un poco el miedo a decepcionar al otro, ahora no es así.

Le saco el vestido por la cabeza y hago que su ropa interior se evapore. Ella hace lo propio con la mía y pronto me encuentro dentro de ella, sudorosos, vibrantes, jadeantes y dando a nuestro cuerpo el mayor de los placeres.

Acabamos por los suelos, con el cuerpo cubierto de hierba por hacer la croqueta tantas veces a lo largo de nuestra sesión de fitness con final feliz. Nos hemos rebozado de la cabeza a los pies.

Nos vestimos cuando conseguimos quitarnos la mayor parte de la hierba de los cuerpos. Los canguros se tienen que haber quedado traumatizados para siempre, sobre todo la parte en la que estábamos dándonos placer contra un árbol con Carmina con el culo en pompa.

Cuando ya estamos listos y hemos recogido el picnic, lo guardamos en el coche y nos subimos a este para seguir con nuestro camino. Solo nos queda una zona del recorrido, pero no he querido parar a hacer el picnic en esa porque es la más peligrosa.

—Ahora no quiero que saques los brazos o las piernas del coche, es muy importante, vamos a pasar por una zona un poco más peligrosa.

—¿Qué es lo que hay allí delante? ¿Cocodrilos?

—No, cocodrilos no.

—¿Entonces qué?

—Ahora lo verás.

Las puertas se abren y entramos en la zona de tigres y leones. Aquí es donde hay más seguridad y hay más cámaras que en todo el safari. Mierda, las cámaras, espero que no nos hayan visto.

Entramos y las puertas se cierran tras nosotros. Estamos con ellos y la verdad es que infunden respeto. Vamos avanzando ante la atenta mirada de Carmina, pero entonces el 4x4 empieza a hacer ruidos extraños y a saltar hasta que paro.

Algo ha pasado. No estoy seguro, pero creo que hemos pinchado. No quiero bajar, sobre todo porque los felinos no son lo que se dice amables, sobre todo si están hambrientos, pero cuanto antes salga y cambie la rueda, antes podremos irnos.

—Ni se te ocurra salir del coche. Creo que hemos pinchado, así que voy a cambiar la rueda a velocidad.

—Vale, ¿seguro que no necesitas ayuda?

—¡Qué va! Eso lo hago yo en un abrir y cerrar de ojos. Ya lo verás, no te preocupes, preciosa mía.

Salgo como alma que lleva el diablo y cojo el gato para poder levantar el coche y el destornillador especial para quitar los tornillos. Levanto el coche lo más rápido que puedo. Es pesado y por ello es un poco más complejo y necesita más fuerza a emplear, pero lo consigo.

Primer paso logrado. Solo quedan cuatro más. Empiezo a quitar uno a uno los tornillos, pero por el rabillo del ojo veo a los leones moverme y los tigres al acecho. Tengo que darme prisa.

En otro momento, me parecería una situación graciosa, incluso típica de vídeos vídeos, pero en este momento estoy a punto de crear una línea canela en mis calzones. Soy valiente, pero con diez leones y catorce tigres, la valentía se va por el retrete.

Saco la rueda y pongo la de recambio antes de volver a atornillarla lo más rápido que puedo. Los tigres están cada vez más cerca, aunque agazapados y los leones dan vueltas cada vez más cerca en círculos.

Ya solo queda un paso, quitar el gato. Y eso hago, lo más rápido posible, haciendo que el coche caiga por su propio peso y entonces un tigre se abalanza sobre mí. Corro dentro del coche y que le den al gato, ya le compraré otro al dueño.

El tigre araña el cristal, pero me da tiempo a entrar saliendo ileso en el intento. Carmina me besa cuando ve que estoy vivo y a salvo y arranco el coche para volver a la siguiente puerta.

Llegamos a la salida y le pido a Dan que nos lleve a casa. La verdad es que ha sido sin duda una aventura y, tras llegar a la cabaña de nuevo, acompaño a Carmina a la puerta de la casa de madera rosa.

—Siento que no todo haya salido bien.

—¿Qué dices? Ha sido magnífico.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Me ha encantado.

—Pues ya sabes, si quieres más aventuras a mi lado, coge mi mano y nos vamos a vivirlas.

Solo sonrío y me da un pequeño beso en los labios antes de darme las buenas noches y entrar. Yo me voy hacia mi caseta y me voy de cabeza a la cama. Los nervios me han carcomido las entrañas y ahora mismo lo que necesito es relajarme.

Mañana será otro día y tengo que estar al cien por cien, tenemos por delante otro día sin trabajar y quiero aprovecharlo.

## Capítulo 14



Todo iba viento en popa, esa primera noche de sexo con él y luego el safari habían sido todo lo que necesitaba para sonreír como hacía tiempo no lo conseguía.

Me fui a la cocina y mi amiga comenzó a contarme de que el día anterior lo pasó entero con Ricardo, además de la primera cena de dos días atrás, así que me puso al día y no tardó en hacerlo ¡Se habían besado!

No me lo podía creer, la escuchaba mientras tomaba ese café intentando imaginarlos, aquello fue algo que sí que me había pillado por sorpresa y por lo visto Ricardo, sentía lo mismo que ella, por lo que me contaba Esther.

Recordé cuando me dijo que su mujer fue el amor de su vida y que se reencontrarían en otra vida, sin embargo, lo que él no sabía es que iba a vivir otra ilusión, quizás no tan fuerte ni duradera como la primera, pero si le sacaba una sonrisa, ya merecía la pena.

Ese día se iban a Sídney a comer a un restaurante que él le quería enseñar, así que aproveché y me fui a buscar a Jordi que tenía también el día libre y no tardó en proponerme el enseñarme a hacer *surf* esa mañana.

Fue una hora de lo más ajetreada, yo no me conseguía poner de pie y en equilibrio ni con aquellas pequeñas olas que había ese día, pero Jordi y su insistencia no pararon hasta que consiguieron que al menos me mantuviera en una.

Salí de allí tirándome en la tierra bocarriba con las piernas y brazos abiertos como si estuviera moribunda, así me había dejado la clase que me había impartido Jordi.

—Eres un poco exagerada.

—Me muero... —murmuré en voz baja y haciendo el papelón del siglo.

—No, no te mueres, lo que pasa es que eres un poco cafre y no le pones ganas.

—Si le pongo ganas, pero es muy difícil —me quejé incorporándome para sentarme.

—No, no se la pusiste —volteó los ojos riendo—. Por cierto, ve a cambiarte que te voy a llevar a un restaurante argentino que hay cerca y cocinan de lo más rico.

—En dos minutos estoy lista —me levanté y salí directa hacia mi cabaña. Eso de comer me había parecido un planazo.

Aún estaba en *shock* con lo de mi amiga y Ricardo, me parecía extraño, pero a la vez apasionante, eran dos personas que adoraba y aunque a él lo conocía de muy poco, ya me había ganado.

Fuimos a comer a ese restaurante y, ¡joder! Nos pusieron una parrillada de carne con unos chorizos criollos que estaban de muerte y esa salsa...

—Ya me dijo el asesor que tienes el permiso para firmar el contrato por cuatro meses.

—Y que pasa a los cuatro meses, ¿me mandáis deportada? —pregunté riendo.

—No —se rió—. En este tiempo te consigue el permanente de dos años y renovable.

—De aquí no me echan ni con agua caliente.

—Por supuesto que no, pero eso sí, la cosa aquí es diferente y los visados también, aunque estos asesores son el mejor acierto del mundo.

—Como este restaurante —dije jadeando con cada trozo de carne que me metía en la boca.

—Aquí cocinan muy bien y además como son de argentinos, pues como que se llevan de calle cualquier plato.

—De calle... ¡Como yo a ti!

—Más o menos... —soltó una risa que confirmaba que en lo que decía tenía razón.

Tras la comida nos fuimos a la playa a terminar de pasar el día y ver la puesta de sol. Jordi estaba muy cariñoso conmigo, atento y se le veía que estaba cómodo.

—¿Sabes? Cuando Esther me hablaba de ti, te imaginaba tal como eres. También me enseñó muchas fotos y ya te tenía idealizada con ese carisma que ratifiqué al conocerte.

—¿Carisma o cojones? No es lo mismo —reí mientras dibujaba un corazón sobre la arena.

—Te falta poner nuestras iniciales —murmuró sonriendo mientras lo miraba.

—Eso se llama trabajo sucio y ese lo debes hacer tú.

No tardó ni dos segundos en poner la J y la C. Se me dibujó una sonrisa en los labios.

La luna iluminaba hacia el mar y este dibujaba una estampa de lo más romántica, al menos a mí me lo parecía, pero es que estar al lado de Jordi en esas circunstancias era todo perfecto, como si el universo hubiera conspirado para que allí se recreara la escena más bonita del mundo, al menos así la sentía yo.

Comenzaba a sentir mucho por él, por aquel lugar, por todo lo que me rodeaba. En mi vida había sentido algo tan bonito y perfecto, no me hacían falta lujos para ser feliz, sino calidad de vida y ahí la tenía. Además, estaba rodeada de personas maravillosas que hacían que mi día a día fuera de lo más perfecto, incluso con sus bromas, esas que conseguían sacarme de quicio.

## Capítulo 15: JORDI



Nunca había visto algo tan hermoso en mi vida. La veo sentada en la orilla, dibujando en la arena y solo quiero cuidarla, que no sufra ni le pase nada nunca. Me acerco a ella con cara de embobado y simplemente le tiendo la mano para que me la coja, si es que es eso lo que desea.

Me mira a los ojos y veo que están vidriosos y deseo beberme sus lágrimas para quitar con ello la dicha que siente. Me coge de la mano y la ayudo a levantarse antes de besarle el dorso.

—Báñate conmigo.

—¿Y la ropa?

—Nadie está mirando, es tarde ya. Podemos prescindir de ella por un rato, ¿no crees?

Veo que asiente y ambos nos desnudamos en silencio. No es la primera vez, ni espero que sea la última, así que no nos da pudor hacerlo uno frente al otro, ya lo consideramos como algo natural, habitual.

Cuando la ropa ha desaparecido de nuestros cuerpos, la tomo de la mano y entramos en el agua templada en silencio, sobran las palabras en un momento tan mágico como este. Entramos hasta que nos cubre por completo, hasta el cuello, con la tranquilidad de que tocamos tierra firme.

La veo recogerse el pelo en un moño sin dejar de mirarnos y mis manos acarician bajo el agua su cintura. La luna nos baña con su luz y nos colocamos en su dirección, como si buscáramos nutrirnos de ella.

Acaricio el trasero de Carmina y su nariz recorre la curva de su cuello para que se sienta relajada. Y entonces ella se gira y me besa, despacio, no tenemos prisa cuando estamos juntos, el tiempo se para a nuestro alrededor.

Entrelazamos nuestros dedos mientras nos besamos, cada vez con más ganas.

La cojo en brazos para que sus piernas abracen mi cadera. La acaricio para que se excite y se abra para mí e introduzco un dedo para poder abrirla más y más. Después el segundo y por último el tercero.

Está más que dilatada para mí. Hoy hay luna llena, pero no hay lobos que quieran transformarse para comernos enteros. Yo no soy lobo, pero me la quiero comer entera, de arriba abajo.

Entro en su interior y empiezo a penetrarla despacio. Esta vez no quiero que se haga eterno, solo quiero enterrarme en su interior y dejar en ella mi simiente. Solo quiero que ambos nos fundamos dentro del agua.

Quiero que seamos una sola persona, que la luna selle este amor que surgió en el mar y debe sellarse aquí. Y eso hago, entro y salgo despacio, mientras saboreo sus pechos y amaso su trasero.

Carmina jadea y tira de mi pelo de manera salvaje. Seguimos entre besos y suspiros en la boca del otro antes de que mi mano se vaya entre sus piernas y acaricie el botón de su placer.

Muerdo su labio al tiempo que suelta un gemido que envuelve toda la playa cuando se corre y no tardo en seguirla con una última estocada fuerte y profunda, haciendo que la punta de mi pene roce el fondo de su sexo, algo que me dio un gusto inigualable, que jamás había sentido.

La tomé en brazos entre besos y la saqué del agua. La tapé con una toalla sin soltarla y la llevé a mi casa. Me moría de ganas de dormir con ella, así que la llevé a mi cama y la sequé despacio antes de hacer lo propio con mi cuerpo.

A Carmina se le entrecierran los ojos, está cansada, como yo, así que simplemente me tumbo a su lado, ya seco, y la abrazo, pegándola a mi cuerpo. Y así descansamos, con la mejor compañía posible y en mejor lugar posible, porque: ella es mi paraíso.

## Capítulo 16



Miré a su cuello que lo tenía relativamente cerca de mis labios y no dudé en mordisquearlo, era ese lugar en el que me perdería por muy buenos ratos y, sobre todo, en el que me recostaría sobre su hombro para tenerlo cerca de mí.

Me estaba enamorando como una niña pequeña que acaba de descubrir su primer amor, obvio que no era así, pero es lo que sentía y aquello me causaba un revuelo de mariposas en el estómago, que no cesaban en ningún momento.

Abrió los ojos y comenzó a besarme, me gustaba mucho esa sensación de buena mañana y me dejé llevar para terminar dándonos un revolcón de esos que hacen que el día comience con más luz que la que ya emitía el sol por sí solo.

Nos vestimos y fuimos a desayunar al bar, ni siquiera pasé por la cabaña rosa para ver si estaba mi amiga, cosa que comprobé que no, ya se encontraba en la barra tomando su desayuno con Ricardo y por sus gestos y miradas pude predecir que se lo habían pasado tan bien como nosotros.

Ricardo nos saludó, me dio un precioso abrazo con mucho cariño, su gesto de felicidad me encantaba, era un hombre que se merecía sentir ese cosquilleo de nuevo en su vida.

A Esther se la veía resplandeciente, le encantaban los hombres más mayores, aunque Ricardo aún era un yogurín que cualquier fémica querría en su vida, un hombre de provecho, un gran señor.

Ese día Jordi tenía un curso grupal y se iba a poner la playa como una feria, así que nos esperaba un día ajetreado en lo que a lo laboral se refería.

Desayuné con ellos con una felicidad increíble, un soplo de aire fresco a mi vida, esa que comenzaba a tener sentido y a abastecerse de todo lo que me llenaba de paz y amor.

El día como era lo esperamos, no paramos ni un momento, ni a mediodía, lo hicimos de continuo hasta las nueve de la noche que me fui a la cabaña de mi amiga, no quería molestar a Jordi ya que debía de estar cansado del día frenético que también había tenido impartiendo el curso a tantas personas.

## CAPÍTULO 17: JORDI



Hace una noche preciosa y la luna ya empieza a saludar desde la distancia. Hoy hay de nuevo una luna espectacular y eso siempre es buena señal. Estoy en la puerta de la cabaña rosa, pero no me atrevo a llamar, no quiero molestar.

Me voy otra vuelta caminando sobre la arena y reviso que todo esté correctamente, como me gusta a mí. No hay nada que hacer, todo está donde debe estar, es lo que tiene ser un perfeccionista nato.

Vuelvo a la puerta de la cabaña y golpeo la puerta con los nudillos. No tarda mucho en abrirse la puerta y veo que es Carmina quien lo hace. Es lo que deseaba que pasara.

Sin pensármelo dos veces, la cojo en brazos y, sin dejar ni siquiera que cierre la puerta de la cabaña, me la llevo corriendo dentro del agua del mar, y no es porque tenga calor o porque queme la arena, sino porque me apetece raptarla un rato y creo que estar bajo el reflejo de la luz de la luna, que se ve en el agua transparente del mar es de lo más romántico.

Grita loca por la sorpresa del secuestro que acaba de recibir. Yo sonrío ladino y la suelto cuando ya estamos dentro del mar, a gran profundidad. Beso sus labios y ella me sonrío preguntándose qué me pasa.

—¿Y esto, Jordi?

—Digamos que me apetece secuestrarte y ver el brillo de tu rostro bajo la luz de la luna.

Sonríe y enreda sus piernas en mi cintura. La quiero y quiero que sea solo para mí, así que simplemente le levanto el uniforme y aparto su braguita a un lado antes de penetrarla, sin previo aviso.

Sé que no es propio de mí y que debería haberle pedido permiso antes, pero estoy demasiado cachondo y estoy seguro de que ella lo desea tanto como yo.

Jadea mientras rodea mi cuello con sus brazos y empieza a mover su cuerpo y sus caderas en círculos, haciendo que me retuerza de placer y que sienta un hormigueo que me lleva al limbo de lo frenético.

La miro y ella me mira a mí, atrapándonos con las miradas. Y sobran las palabras, solo estamos ella y yo, y la luna como cómplice de nuestros secretos. Esos que queremos ocultar con tanto ahínco y que a la vez queremos que se sepan.

Acaricio su espalda antes de pellizcar sus pezones, que se transparentan a causa del agua del mar, que pega el tejido a su cuerpo como si fuera un guante de medida perfecta.

La beso y succiono su lengua mientras entro y salgo de ella lentamente. Es algo que me enloquece y ella lo sabe bien, pero no quiero terminar dentro de un minuto, es por ello por lo que ella aumenta la velocidad y yo la giro para que pueda ver la luna mientras yo acaricio el interior de su cuerpo y la hago jadear.

Amaso sus pechos y en este caso, entro en su parte trasera, algo que le sorprende al principio,

pero que después disfruta como una loca. Cubro su boca para que los gritos no sean escuchados por nuestros amigos, que descansan en sus cabañas.

—Te deseo como no he deseado a nadie en mi vida.

—Y yo a ti, Iordi —y omito que, en este momento tan personal, haga burla de mi nombre.

Muerdo su cuello mientras apremio las embestidas para que se vuelva loca, que es como me gusta a mí verla. El mar es testigo de nuestras fechorías, pero cuando el sentimiento y el deseo se entremezclan, ya no hay vuelta atrás.

Cuando siento que está llegando y que sus paredes aprietan más y más, estrangulando mi falo, sé que es el momento y aminoro la velocidad. Quiero correrme con ella, no pasa a menudo el correrse a la vez que una mujer, por mucho que en las películas intenten hacérselo creer, pero esta vez voy a intentar hacerlo real.

Acaricio su clítoris bajo el agua mientras entro en ella muy lentamente y salgo con la misma pasividad, haciendo que el placer se adueñe de cada poro de mi piel. Ella tiembla, se convulsiona y cuando sus paredes derraman en néctar de la vida, yo libero todo ese placer que me ha ofrecido, entremezclándolo con el mío.

—Joder Jordi, ha sido maravilloso.

—Siempre lo es, verte brillar bajo la luna.

## Capítulo 18



Los siguientes días fueron maravillosos, la unión de mi amiga con Ricardo se fue afianzando, así como la mía con Jordi. Ya me había trasladado a su cabaña, así como Esther a la de Ricardo que era más amplia, él tenía pensado quedarse aquí y desde este lugar hacer sus viajes a Bangkok que era el núcleo de su negocio.

La playa cada vez tenía más vida, el bar estaba siempre a rebosar e incluso contrató a un chico llamado Wilson, que trabajaba como nadie, así que nos pudimos permitir más ratos libres. También Jordi creó su propia marca de ropa de *surf* y abrió allí una tienda con todo el género que, por cierto, fue todo un éxito.

Mi amor por Jordi se fue acrecentando por días, al igual que él por mí, conseguimos una armonía y felicidad entre nosotros que se podía percibir desde cualquier rincón de aquel precioso lugar.

España la veía como el lugar en que me vio nacer, pero este ya era el que elegí para sentir todo aquello que necesitaba después de una vida que no había sido nada fácil desde mi infancia. Ahora tenía todo aquello que había soñado, es como si me hubiesen gratificado por superar la prueba más importante de mi vida.

Era algo gracioso, Ricardo me trataba como a su hija a pesar de estar viviendo una historia de amor con mi mejor amiga, esa que tenía mi misma edad, pero su cariño era tan fraternal y cómplice, que lo adopté de verdad como mi “opaito”, así lo llamaba y él me respondía con un “hija mía”.

Ya tenía ya todos los permisos para trabajar y vivir en el país, me habían ayudado bastante y eso calmó mis inquietudes pues siempre me imaginé que vendría la policía a echarme o algo así, ya sabéis como es la mente humana...

Jordi era una persona que tenía una paciencia infinita por todo, aunque cuando yo le buscaba la lengua se ponía a hablarme en catalán, algo que hasta ya había empezado a aprender y hasta le contestaba de la misma forma.

Esther viajó un par de veces a Bangkok a acompañar a Ricardo y de paso conocer ese país. A ella no le hacía falta trabajar ya que él poseía todo lo que una persona puede desear, pero tanto a Esther como a mí nos gustaba sentirnos independientes económicamente, era algo que habíamos mamado de siempre y no queríamos que fuese de otra manera.

## Capítulo 19: Cinco años después.



—No vuelvo a tener un hijo en mi vida —dijo Esther agobiada mirando a sus dos niños; Erick de cuatro años y Tatiana de tres. Eran buenos, pero no paraban y cuando no soltaba una hostia uno, lo hacía el otro, así que aquello era un continuo *ring* de boxeo.

Se quedó embarazada a los pocos meses de comenzar con Ricardo, nos pilló a todos por sorpresa, pero entre ellos había nacido algo que se veía que duraría para toda la vida y a Ricardo lo hizo rejuvenecer mentalmente diez años.

—Y tú te quejas, tú que tienes dos angelitos comparado con el mío —miré a Kevin, mi hijo, ese que ya tenía tres años y era el mismísimo diablo en persona. Aunque no repartía hostias, este, estaba todo el día inventando para hacer una trastada tras otra y lo peor es que todos les reían las gracias, menos yo, que ya no me quedaban cuerdas vocales de tanto chillar.

—Pues tú tienes que ir a por la parejita —bromeo mientras echaba bronceador a los niños, incluido al mío.

Ricardo estaba preparando una paella y Jordi impartiendo su última clase del día, ya solo trabajaba por las mañanas.

La playa se había convertido en una de las principales atracciones turísticas de aquella zona, Ricardo compró las cabañas así que las convirtió todas en alquiler vacacional, además hizo dos gigantes a un lado, una para Jordi y para mí y otra para ellos.

Jordi había ampliado el restaurante, había puesto un chiringuito exclusivo de bebidas, su tienda de ropa fue todo un éxito y ya tenía un montón de trabajadores, aquello funcionaba al mil por mil.

Esther y yo nos dedicábamos a cuidar a los niños, la casa y demás. En definitiva, tanto que siempre habíamos sido independientes en economía, ahora nos volvimos las señoras de los jefes.

Era increíble, a Esther la veía como a una hermana y a Ricardo como a un padre y nunca se me pasó esa sensación, así que sus hijos eran una mezcla entre mis sobrinos y hermanos, algo raro...

Estábamos esa mañana nerviosas ya que al día siguiente íbamos a dar el “sí quiero” a nuestros respectivos, en una boda que sería a dos bandas así que estábamos como flanes a pesar de tenerlo todo listo.

Kevin no paraba de tocarme las narices desafiándome y se iba a llevar un cachete en el culo, que le iba a vacilar a su abuela la catalana.

Hablando de abuela, en una de las cabañas estaba haciéndose mil pruebas de peinado, ni que fuera a casarse ella, en fin, cosas de suegras y la mía era buena persona, pero tonta un rato y a la peluquera la estaba volviendo majara.

Era la única que había venido de España, su otro hijo estaba embarcado ya que se había metido a militar y a su marido, o sea, mi suegro, no le recomendaban volar por ahora a causa de una operación reciente.

Bueno, que ella venía en representación de todos los de allí e intentando opinar sobre todo lo

de aquí, pero bueno, una cosa es lo que ella quisiera y otra lo que yo le permitiera.

Otra vez que salía Rosa, mi suegra para enseñarnos el siguiente peinado y que opináramos.

—No me lo puedo creer, ahí viene de nuevo...

—Yo me cago en mi vida, ya se podría haber quedado en España —murmuré agobiada.

—¡Golondrinas! —así nos llamaba la señora —¿Qué tal os parece este?

A mí me parecía igual que el anterior, para cuatro pelos que le quedaban mucha variación no le podían hacer.

—Te queda genial, Rosa —decía mi amiga haciendo como la que estaba impresionada.

—A mí me parece igual que todos —dije en un ataque de sinceridad. Entre Kevin y ella, ese día me tenían hasta el coño, hablando mal y pronto.

—Hija, parece que no entiendas de moda... —soltó la puñetera.

—Bueno, hoy en día le llaman moda a cualquier cosa...

—Será eso, o la envidia que es muy mala —dijo la jodida y se giró con esa cara altiva hacia la cabaña a que le siguieran haciendo pruebas.

—Dios mío, no la aguanto —volteé los ojos.

—Tranquila, es una suegra al uso, en unos días se va a España y la pierdes de vista.

—Eso es lo mejor de todo, si viviera cerca ya haría mucho que no la hablaba. No es mala persona, pero sus tonterías pueden conmigo, que poco se parece a su hijo que es tan simple y tan poco tonto.

—Ahí viene tu futuro marido.

—Menos mal que nos casamos mañana, si fuera en una semana la madre se cargaba mi paciencia y por ende hasta la boda.

—¡Exagerada!

—¡¡¡Kevin!!! —grité al ver como le tiraba un cubo de arena en lo alto a la niña.

—Tata —me dijo y luego se echó a llorar Tatiana, se giró y le arreó una hostia a Kevin.

—¡Mamá! —gritó el pequeño llorando por la hostia.

—Te aguantas, la has buscado.

—¡No se pega! —decía enfadado.

—Ni se estampa un cubo lleno de arena, así que ya sabes, si no quieres que te den, no hagas esas cosas —resoplé estresada.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Jordi al ver a la hija de Esther y a nuestro hijo llorando a partes iguales.

—¡Tu hijo es el mismísimo demonio! —exclamé agobiada.

—Bueno ¿Qué hizo ahora?

—Me tiró un cubo de arena por encima y me entró hasta en los ojos —decía la chiquilla con el corazón encogido.

—Pues Kevin hoy te quedaste sin dibujos en la *Tablet* —le riñó el padre.

—No quero...

—Bueno, lo que me importará a mí —le contestó sin hacerle mucho caso.

—¡Paaaa!

—Ni “pa”, ni nada, no hay *Tablet* hoy...

—Y ella tampoco —se quejó Kevin señalando a Tatiana—. Ella me pegó y por poco me muerdo.

—Tranquilo, que bicho malo nunca muere —respondí sonriendo.

—¡Paaa!! —Pataleaba cabreado y lo ignoramos.

Ricardo dio un silbido avisando que la comida estaba lista, así que fuimos para allá, a su

cabaña que tenía una gran terraza delante, como la nuestra, eso ya no era como las de colores, aquello eran mansiones. Vaya pastizal se gastó en construirla y con todo de primera.

Rosa nos escuchó y se asomó por la ventana para decirnos que ahora iba, que le terminaban la última prueba y se incorporaría, le dijimos que vale sonriéndole, por dentro me estaba cagando en todo lo que se meneaba. Entre Kevin y ella me tenían de lo más desquiciada.

El arroz tenía una pinta espectacular, Ricardo tenía el semblante feliz pero lleno de nervios, estaba ilusionado con aquella boda, aunque lo estábamos todos. Los cuatros deseábamos sellar nuestro amor ese día y juntos, en aquella playa, en aquel lugar que era el que nos dio la paz y felicidad que necesitábamos cada uno en nuestras vidas, hasta Ricardo quedó enamorado de esto y sabía que su vida tenía que ser aquí.

Poneros en antecedentes... Te vas a casar mañana y tu suegra se pasa toda la comida hablando del vestido que lucirá ¿No es para meterle la cabeza en el arroz de la paella? Pues sí, pero claro, jódete y disimula con una sonrisa, eso sí, permítenos decirle al menos a Ricardo que le salió buenísimo, pero no, ella erre que erre con todo lo que luciría ¡Ni que fuera la novia! Dios mío, solo quería paciencia, fuerzas no, pues ya es cuando me la cargaría.

Jordi me lo notaba, pero yo le decía que no me pasaba nada, tampoco quería joderle la felicidad de tener a su madre aquí, en fin... Lo que decía, que el señor me diera paciencia y un poco de serenidad, que no iba a llegar a mi boda viva.

Rosa no dejó de hablar en toda la comida y entre ella y los niños que ya comenzaban a lanzar bolas de arroz, me estaba poniendo ya como una moto.

—¡Os calláis y paráis de una vez! —grité sin dudarle y un silencio se hizo sobre aquella mesa —Joder, que ni la comida puedo hacerla en paz, normal que no deje de perder peso, si entre las niñeces y lo que no son las niñeces, como que ya estoy un poco cansada.

Jordi acarició mi pierna para que me calmara y le eché una mirada asesina que hasta la retiró rápidamente, no estaba yo ese día para aguantar más, vaya día que llevaba y aún faltaban bastantes horas para que terminara.

Conseguí un poco de silencio para saborear esa deliciosa paella y eso que se me estaba cerrando el estómago, pero mi “opaito” no se merecía que no la disfrutara después del amor con la que la había hecho.

Terminamos de comer y Rosa dijo que se iba a hacer varias pruebas de uñas, os juro que quise estamparle un plato en la frente a modo de platillo volador, pero cogí aire conté hasta cinco y me dije que por el culo se la hincó, así que paciencia que en pocos días la perdería de vista.

Jordi se llevó a los pequeños a pasar la tarde en unos juegos que se iban a hacer en la orilla para niños, iniciación al equilibrio para el *surf*, así que miré a mi amiga y comprendimos que esa tarde era nuestra.

Ricardo se fue con ellos y quedamos solas, por lo que cogimos las hamacas y nos fuimos a la orilla a tomar el sol y darnos algún que otro baño relajante, sin niños, sin ruidos, además, nuestras cabañas estaban en una zona privada que encima tenía como una especie de lago delante del mar, quedaban como unas piscinas naturales e imaginad como se estaba allí...

Esa noche dormimos juntas, sin la mamá de Jordi, ni de coña, pero las dos nos fuimos a pasarla a una de las cabañas que había libre, en una de las rosas, ahí nos prepararíamos al día siguiente para el día más importante de nuestras vidas, aparte del nacimiento de nuestros hijos, ni que decir tenía.

## Capítulo 20



Despertamos saltando sobre la cama, sin niños, solas y a punto de dar a nuestros hombres el “sí quiero”.

Nos trajo el desayuno uno de los chicos del restaurante y las que nos iban a maquillar, peinar y vestir no tardaron en llegar.

Dos hermanas gemelas de lo más finas y elegantes, además, tenían unas manos espectaculares y estaban muy solicitadas para este tipo de eventos.

Las dos íbamos igual, tanto en peinado como en vestidos, las uñas a la francesa, todo de lo más discreto.

Nos hicieron unos bucles dejando el pelo suelto y nos recogieron hacia atrás el flequillo de un solo lado, donde pusieron una flor al estilo hawaiano, además íbamos maquilladas de lo más natural.

Los vestidos eran de tirantes finos y de *crochet*, como el vestido tipo sirena, de lo más bohemio y con una cola preciosa con bordados de flores hechos también en *crochet*.

No llevábamos ramos de flores, nos negábamos, nos parecía una horterada y cargar con eso como que no nos hacía gracia, ya demasiado teníamos con cargar con nuestros pequeños, como también hacerlo con uno de esos ramos, ni de broma.

Lo niños nos llevaron las alianzas, y la niña nos llevó de la mano a las dos, ella en el centro, Kevin y Erick iban delante riendo, bueno riendo íbamos todos.

Mi suegra junto al hijo con cara de flamenco y os explico por qué digo esto...

No se le había ocurrido ponerse otro vestido que uno largo y rosa chillón, parecía un fluorescente y encima con unas gafas de sol blancas que no tuvo ni la delicadeza de quitarse. Lo dicho, con ese rosa me recordaba a los flamencos, aunque esos eran más lindos que ella, para que mentir.

El que iba a officiar la ceremonia no dejaba de sonreír mirando a los niños, mientras Ricardo y Jordi comenzaban a lagrimear al vernos caminar hacia ellos, todo eso sin contar que antes de que llegáramos ya estaban los dos niños a hostias delante del altar, las alianzas regadas por la arena y los padres intentando separarlos cogiéndolos en volandas ¡Qué hostia tenían todos!

Miré a mi hijo con esa mirada que advertía que luego se las iba a dar todas juntas, sabía yo que los niños deberían de haber esperado en el restaurante donde íbamos a celebrar la boda, pero no, los papis querían a sus criaturas en el enlace ¡Pues toma criaturas y enlace!

Recogimos las alianzas, colocamos a los niños con un gesto de que si se movían los matábamos y miramos al alcalde.

Yo no he visto a una persona dar una ceremonia más rápida, fue comenzar a hablar y de repente preguntarnos si queríamos ser marido y mujer, todos dijimos que sí y nos hizo firmar para luego desearnos suerte y salir de allí pitando.

Nos fuimos para el restaurante donde nos habían preparado una mesa para nosotros y otra para todos ellos, hoy se cerraba solo para festejar, nada de trabajar y la comida ya estaba preparada cuando llegamos.

Rosa comenzó a comer marisco como si no hubiera un mañana y no se le ocurrió otra cosa que decir:

—El marisco de España está mejor...

Yo la mataba, la miré echándome hacia delante ya que estaba al lado de mi marido y no pude evitar contestarle.

—Pues si con el de aquí te chupas hasta los muñones, no quiero ni imaginar que harás con el de allí —solté ante la mirada de mi marido incrédulo ante una contestación como esa.

—Para ser el día de tu boda te veo muy alteradita... —contestó esa mujer con ganas de provocación.

—No me conoces alterada, pero creo que no te irás sin hacerlo —sonreí con ironía y noté como Esther me daba una patada por debajo de la mesa y Jordi no dejaba de carraspear en señal de que, por favor, reinará la paz.

—Mi mamá enfadada es una bruja —soltó Kevin.

—Pero no soy la única bruja, te lo aseguro —contesté al pequeño y de paso indirecta para ella, el capullo de mi hijo siempre acertaba para dejarme mal.

La boda pasó de lo más ajetreada, niños lanzando trozos de tarta que aún no se había cortado, a lo que había que añadir que Rosa estaba borracha bailando a lo turco porque decía que se había enganchado a ese tipo de series y que había un tal Can Yaman que era su amor platónico ¡Pobre chico! Menos mal que no la conocía.

Total, que menos romántica fue de todo ese día, pero reconozco que terminé riéndome con la borrachera que pillé y las cosas que nos murmurábamos Esther y yo.

En esto que Rosa salió corriendo hacia el mar, de noche y entró directa ante nuestros ojos incrédulos, pero no llegó muy al fondo, una ola la arrastró hacia fuera haciéndola rodar. Jordi no tardó en ir a salvarla, pero que va, salía rodando y era imposible, al final tuvieron que ir todos los chicos a ayudar a levantar a esa mujer que por poco muere ahogada. ¡Una lástima...!

Lo que nos reímos no fue poco... De ahí se fue a dormir con ese vestido rosa largo mojado a más no poder ¡Qué personaje!

Por la noche los niños se quedaron con Thomas y su pareja, aún seguían juntos y ya no escondían su amor, así que esa noche pude disfrutar de una luna de miel sin más personas que mi recién estrenado marido y yo.

Y lo hicimos como si fuera la primera vez, entre nosotros existía un amor de esos que se acrecentaban con el paso del tiempo, a pesar de que era otro tipo de vida con Kevin que la mayoría de las veces absorbía nuestras energías, pero sacábamos tiempo para nosotros, eso no lo podíamos perder.

Esa noche por fin dormimos como marido y mujer, era un paso más para confirmar eso que teníamos bastante claro y que no era otra cosa que el amor que nos profesábamos el uno al otro.

## Epílogo: 5 años después de la boda.



Jordi y yo nos abrazamos cuando el chico oficial del concurso mundial de *surf* en la categoría de niños de siete a diez años. Kevin se había coronado como el número uno del mundo, a sus ocho años, no podía dejar de llorar de la emoción al verlo alzando la copa y un montón de patrocinadores encima de él.

Tenía la posibilidad de fichar por la mejor marca y nosotros teníamos claro por cuál, una que era el potencial de todas, la madre de las firmas de ese deporte.

El pequeño se acercó el micro y nos dedicó el premio, además de decirnos públicamente que éramos los mejores padres del mundo ¿No era lo más bonito que se podía escuchar en boca de un hijo?

Aquel demonio de niño con el paso del tiempo se fue convirtiendo en nobleza, corazón, saber estar y tranquilidad, era un niño de esos que cualquier padre desearía tener y nosotros estábamos de lo más orgullosos de él.

Sus primos aplaudían felices y Ricardo y Esther nos abrazaban compartiendo la felicidad de ese momento que estábamos viviendo y es que era cosas de todos, pues éramos una piña, una familia de lo más unida para lo bueno y lo malo, esa era la verdad.

Mi amiga había perdido un bebé cuando estaba de seis meses, eso pasó dos meses atrás, aunque no lo esperaban fue un gran palo la pérdida, esa que nos dolió a todos y que lamentamos enormemente, ya lo esperábamos con los brazos abiertos y se iba a llamar Jordi, como mi marido, se lo iban a poner en su honor.

Yo no, yo decidí que quería quedarme solo con Kevin, yo no tenía tanta paciencia como Esther y ya mi pequeño tenía a unos hermanos en sus primos, como él decía.

Ese día nos fuimos a comer y a celebrarlo por ahí, mi pequeño iba orgulloso e incrédulo de ser el mejor del mundo en ese deporte, la verdad es que era para estarlo, su padre había conseguido que Kevin amara el *surf* como él hacía y vaya si lo logró.

La vida allí era más divertida, la familia creció, los trabajadores también y nos sentíamos en un mundo paralelo al resto del mundo, en nuestro mundo, aquel espacio que conseguía sacar lo mejor de nosotros y nos hacía vivir una continua vida de ensueño.

Ahora nos tocaba irnos quince días a España, Jordi quería visitar a su familia que no veía desde que se vino, menos a su madre que estuvo en la boda, pero ya hacía cinco años, así que tuve que hacer de tripas corazón y sin ganas emprender un viaje a reencontrarme con la mujer que seguía telefónicamente sacándome de quicio... ¡Mi suegra!

Pero el amor todo lo puede y por amor todo se hace, me gustara o no siempre acompañaría a mi marido en cualquier momento de su vida...